

JUAN GÓMEZ-JURADO

BÁRBARA MONTES

RESCATADORES

se

EL PALACIO
SUBMARINO



ILUSTRACIONES
DE FRAN FERRIZ



Lectulandia

Pía y su padre, Poseidón, buscan la ayuda de los Rexcatadores para recuperar un arma mortal que ha caído en manos equivocadas. Agatha, Godofredo, Pía, Max y Rex viajarán a Ur para encontrar una solución a este grave problema. Si el enemigo se hace con el arma, es muy probable que consiga dominar todo Ur condenando a sus habitantes a un reinado tiránico y temible.

Para conseguir el éxito de la misión, los Rexcatadores deberán enfrentarse con la Bruja del Mar, que es nada menos que la tía de Pía.

¿Lograrán salir con éxito de esta nueva aventura?

Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes

El palacio submarino

Rexcatadores - 3

ePub r1.0

Titivillus 20.11.2020

Título original: *El palacio submarino*
Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes, 2018
Ilustraciones: Fran Ferriz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Para Álex, Jorge, Nerea y Cristina.

Personajes

Max: sus padres se han ido a recorrer el mundo en un crucero, así que le han enviado a pasar el verano a casa de sus abuelos, Agatha y Godofredo. Max tiene 11 años y le gustan los videojuegos, jugar con su móvil y los cómics... O al menos eso es lo que él creía. Ahora le encanta estar en Punta Escondida y jugar en la playa con sus amigos Pía y Rex, un tiranosaurio adolescente que vive con sus abuelos.

Pía: una niña un poquito rara, pero muy muy valiente, inteligente y divertida. Sus padres son amigos de los abuelos de Max y ella pasa casi más tiempo en la casa de Punta Escondida que con su propia familia. Pía adora nadar y es la primera en apuntarse a cualquier aventura.

Rex: el amigo que todo niño o niña quisiera tener. Mide dos metros (todavía es muy joven, ya crecerá), es de un color entre marrón y verde y en su boca hay más de 60 dientes, todos ellos muy afilados. Pero que su aspecto no nos lleve a engaño, Rex tiene un corazón de oro y a veces puede llegar a ser un poco remilgado. Procede de Sauria, ciudad que se encuentra en el mundo de Ur. Los abuelos de Max y los padres de Pía también proceden de Ur.

Agatha: la abuela de Max es una científica experta en química y en alquimia. Es alegre, perspicaz y divertida, pero no la hagas enfadar porque su genio es conocido no solo en la Tierra, sino también en todo Ur, donde nació. Sigue tan enamorada de Godofredo como el día en el que se casó con él, y está muy feliz de

poder pasar este verano con su nieto Max. Un consejo: nunca pruebes uno de sus guisos sin preguntar antes, podría tener consecuencias desastrosas.

Godofredo: el abuelo de Max es inventor. Él es el responsable de la máquina llamada transportador dimensional, una especie de armario de metal con luces, gracias al cual pueden viajar a la dimensión de Ur cuando allí les necesitan. Además, le encanta cocinar para la familia y plancha la ropa cuando nadie le mira. Adora a Agatha y no sabe qué haría sin ella. Rex suele ayudarle con sus inventos.

Falgar: un cangrejo de más de un metro de alto con una frondosa barba blanca que se encarga de vigilar que en Ur todo esté bien. Parece saber las cosas antes de que sucedan y siempre es el primero en avisar a Agatha y Godofredo. Vive en una cabaña a caballo entre la arena y el mar en la playa de Bahía Mejillón, en Ur.

El Enemigo: nadie sabe quién es ni por qué quiere dominar Ur y a todos sus moradores. Los abuelos de Max han jurado que no se saldrá con la suya y trabajan junto con muchos otros habitantes de la dimensión de Ur para que el Enemigo no triunfe jamás.

Lugares

Ur: es una dimensión paralela a la Tierra. Allí las cosas funcionan de otra manera, los ríos y océanos tienen nombres diferentes a los de nuestro planeta, hay ciudades cuyos habitantes son dinosaurios (Sauria, donde nació Rex) y todavía es fácil encontrar piratas, gigantes o animales que hablan (entre muchas otras cosas). Todas las aventuras que vive Max durante el verano que pasa en casa de sus abuelos suceden en Ur, que sufre la amenaza del Enemigo, un misterioso malvado que quiere dominarlos a todos.

Bahía Calamar, la Tierra: es el pueblecito en el que Max ha ido a pasar las vacaciones y en el que los abuelos Agatha y Godofredo tienen su hogar (bueno, la casa de los abuelos está a unos pocos kilómetros del pueblo, frente a la playa). Es uno de esos pueblos costeros que podemos ver en las postales, con casas pintadas de llamativos colores y callejitas estrechas. A Max le pareció de lo más aburrido cuando llegó allí.

Bahía Mejillón, Ur: el equivalente de Bahía Calamar, pero en la dimensión de Ur. En su playa vive Falgar, el cangrejo sabio, amigo del abuelo Godofredo y de la abuela Agatha, que vigila que todo vaya bien en Ur.

Punta Escondida, la Tierra y Ur: la casa de los abuelos de Max se llama igual tanto en la Tierra como en Ur, la única diferencia es que en la casa de Ur no hay electricidad ni muchas cosas de metal, así que el transportador dimensional que utilizan para regresar a la Tierra después de cada aventura es de madera. A

Max le encantan sus pasillos de altos techos, sus muchísimas habitaciones y las torres redondas en las que tanto él como Rex tienen sus dormitorios (Max nunca había tenido una torre para él solo).

1

¿Dónde está Pía?

Max y Rex jugaban a perseguirse por el jardín de la casa de los abuelos en la cala de Punta Escondida, situada a poca distancia del pequeño pueblo de Bahía Calamar. Los dos utilizaban en su juego los enormes vegetales que cultivaba la abuela Agatha, ya que detrás de ellos era más complicado ser atrapados durante el juego. En ese momento Max corría mientras Rex intentaba agarrarle. El dinosaurio estiraba al máximo los brazos del chalecotrón, el chaleco que le había fabricado el abuelo Godofredo para compensar el corto tamaño de sus extremidades. Ya casi conseguía rozar con sus dedos el algodón de la camiseta del niño. La verdad es que Rex era bastante rápido y casi siempre cogía a Max, pero ellos no jugaban más que para divertirse. Lo que menos les importaba era quién hubiera atrapado más veces a quién.



Rex hizo un último esfuerzo y alcanzó a Max, que soltó un grito al verse atrapado. Ambos cayeron al suelo rodando y riendo a carcajada limpia. El alboroto llegó hasta la cocina, donde los abuelos se afanaban en preparar la comida. Los dos ancianos se miraron con una media sonrisa en los

labios, Agatha puso los ojos en blanco y suspiró divertida mientras el abuelo se encogía de hombros. Los abuelos de Max estaban encantados de tener a su nieto en casa, la relación con los padres del chico era un poco tensa debido al origen de los abuelos. Procedían de Urkalianditalannistán (todos lo llamaban Ur), que estaba en una dimensión paralela a la de la Tierra y donde las cosas podían ser muy diferentes, como Max ya había comprobado en sus viajes a Ur.

Tanto los abuelos como la madre de Max habían nacido en Ur. También Rex, un tiranosaurio adolescente y vegetariano que podía hablar en el idioma de Max gracias a un dispositivo en forma de casco inventado por Godofredo (se llamaba traductor universal). Rex trabajaba con el abuelo y le ayudaba con sus inventos, entre ellos el transportador dimensional, una especie de armario de metal con luces de colores que servía para viajar a Ur. Como en la Tierra no podía ir al colegio (sería raro tener un dinosaurio enorme en clase), los abuelos le daban en casa lecciones de literatura, lengua (poco a poco, iba aprendiendo más del idioma de los abuelos), biología, etc.

Max no había hecho muchos amigos de su edad durante el tiempo que llevaba en la casa de Punta Escondida, más que nada porque en Bahía Calamar no había niños de su edad, a no ser que considerásemos a Pía un niño de su edad, pero eso no sería exacto, puesto que Pía no era un niño. Era una niña. Y tampoco tenía la misma edad que Max. Era un año más pequeña. Se conocieron el día que Max llegó a la estación de Bahía Calamar. Pía era una niña un poco rara, pero muy divertida y valiente, y se habían hecho inseparables. Los padres de Pía también eran de Ur, aunque Max todavía no les había conocido. Podría decirse que desde que había llegado a casa de sus abuelos, Max había pasado más tiempo en Ur que en la Tierra y no sería mentira.

Max y Rex seguían jugando en el jardín, aunque habían dejado de correr. Ahora yacían en el césped, boca arriba, intentando encontrar formas en las nubes.

—Mira, Rex, esa nube se parece a un diplodocus —dijo el niño señalando a una nube blanca que pasaba sobre ellos.

—Si tú lo dices —concedió el dinosaurio ajustándose las gafas—. Yo diría que se parece a una montaña, pero nada más.

Max se volvió sobre su costado y apoyó la cabeza en la mano.

—Rex, ¿dónde está Pía? Hace un par de días que no la vemos. He preguntado a los abuelos y no han querido decirme nada. ¿Tú sabes algo?

El dinosaurio giró su enorme cabeza y le observó en silencio. Después suspiró.

—Sí, algo sé.

Max le miró intrigado.

—Pía está en Ur con sus padres. Tu abuelo ha hablado con Falgar y parece ser que el Enemigo ha intentado robar de nuevo el arma que le quitamos al Capitán Maliand.

—Pero se la dimos a los habitantes del mar para que la protegiesen.

El chico se incorporó y se quedó sentado en la hierba abrazándose las rodillas y con la cabeza vuelta hacia el dinosaurio. Rex pensó que, de continuar en esa postura, le daría un tirón en el cuello.

—Sí, y de momento la están protegiendo. Por eso he dicho que «lo ha intentado». —Rex miró al niño y sonrió enseñando todos los dientes. Max seguía sintiendo escalofríos cada vez que el dinosaurio sonreía—. No lo ha conseguido.

—¿Y qué pinta Pía en todo esto?

—Eso tendrá que decírtelo ella.

2

Despierta, Max

—Despierta, Max. Despierta —susurró el abuelo a la vez que zarandeaba el hombro del niño con suavidad. Max dormía en su habitación, situada en una de las torres de la casa de Punta Escondida. La luz de la luna entraba por el balcón entreabierto y bañaba la estancia con un brillo plateado—. Tenemos que irnos. Tenemos que viajar a Ur ahora mismo.

El niño rezongó un poco, se dio la vuelta en la cama mostrándole la espalda al abuelo y siguió durmiendo.

—Max, tenemos que irnos, despierta.

El abuelo volvió a sacudir el hombro de su nieto, esta vez un poco más fuerte. Su voz también había dejado de ser un susurro. La paciencia no era una de las virtudes de Godofredo. Max abrió los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Está bien la abuela? ¿Y Rex? —preguntó Max espabilándose. Sus ojos se dirigieron al reloj de la mesilla. Eran las 4:30 de la madrugada. Él no sabía mucho del mundo de los adultos, pero sabía que ser despertado en mitad de la noche no solía significar nada bueno.

—Sí, todos estamos bien —dijo el abuelo—, pero tenemos que irnos a Ur. Pía y su padre han estado aquí. Estaban muy nerviosos cuando han llegado...

—¡Pía!

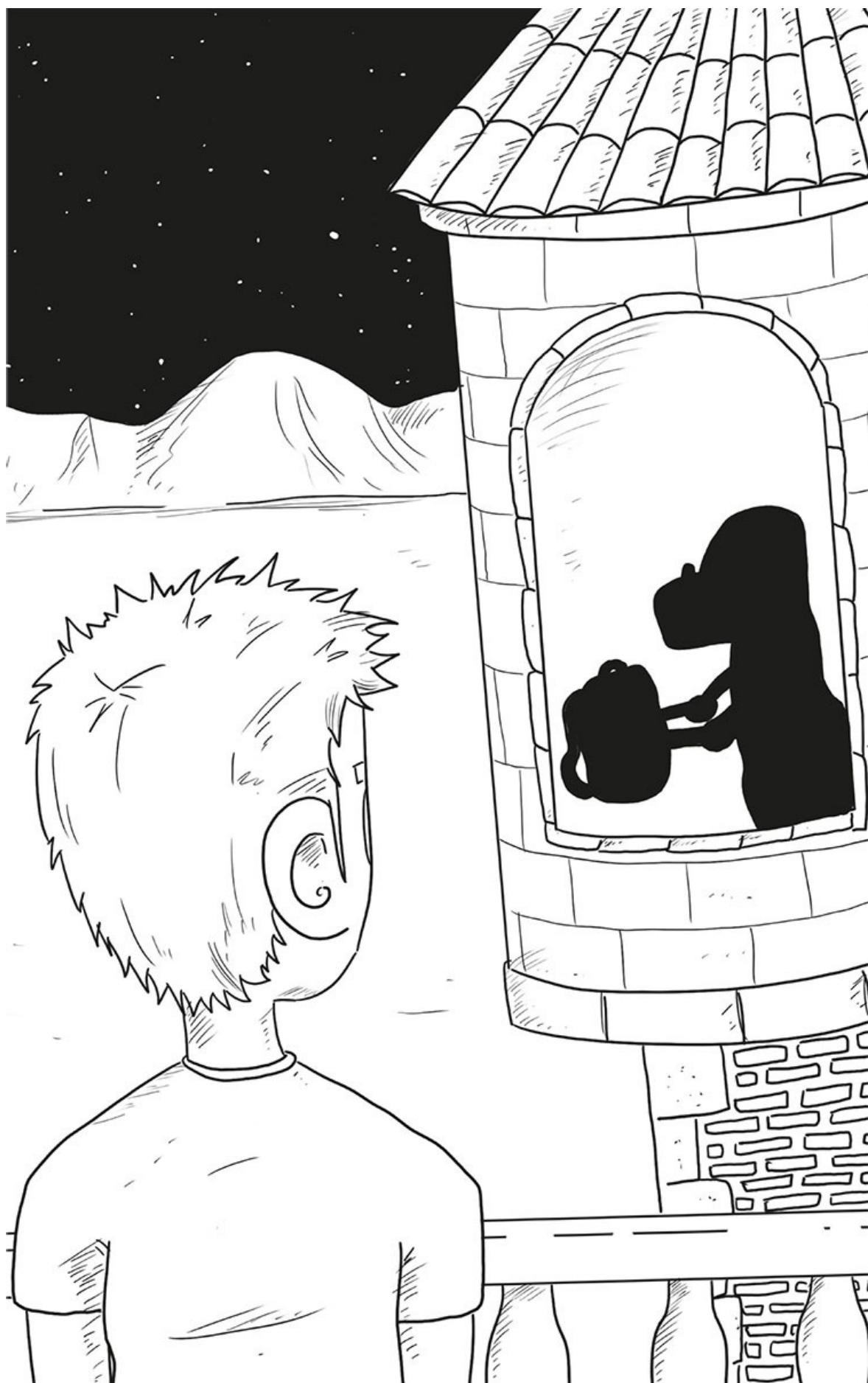
Max se incorporó de golpe y comenzó a bajar las piernas de la cama. Tenía muchas ganas de ver a su amiga. El abuelo le detuvo poniéndole una mano en el pecho. El chico lo miró extrañado.

—Ya se han ido, Max, tenían que volver a Ur cuanto antes, la situación es muy grave.

—¿Qué ha pasado?

—Ahora no hay tiempo para explicaciones, tenemos que viajar todos allí —contestó el abuelo—. Y sí, cuando digo todos, quiero decir que Rex y tú también venís. Podrás ver a Pía allí y enterarte de lo que ha sucedido. Date prisa, tienes que ducharte, vestirte y hacer la mochila. Tu abuela está preparando las cosas para que podamos marcharnos en un rato. Yo voy a hacer el desayuno. Te esperamos en la cocina.

El abuelo salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí. Max se levantó, se desperezó, encendió la luz y se asomó al balcón. Desde allí podía ver la torre en la que Rex tenía su dormitorio. También estaba iluminado y podía adivinar a través de las cortinas la forma del dinosaurio. Rex se movía de un lado a otro de la estancia mientras organizaba su equipaje. Se quedó unos breves instantes mirando por el balcón pensando en qué podría haber pasado para tener que viajar a Ur de manera tan precipitada. Su mente no hacía más que conjeturas, cada una más descabellada que la anterior. Agitó la cabeza como si saliese de un sueño y se puso en marcha. Cuanto antes bajase, antes sabría lo que había sucedido.



Cuando llegó a la cocina apenas habían pasado 30 minutos. Max pensó que había batido un récord, ya que nunca había conseguido estar preparado en tan poco tiempo. Agatha, Godofredo y Rex estaban sentados en torno a la enorme mesa de madera. El desayuno estaba servido; aun así, la abuela se levantó de la silla y se acercó a él.

—Buenos días, cariño —comenzó a la vez que le besaba en la mejilla—. Espero que no te hayas asustado. Sentimos mucho haberlos despertado en mitad de la noche —continuó, esta vez dirigiéndose también a Rex—, pero tenemos que viajar de inmediato a Ur.

—¿Qué ha pasado? ¿Está bien Pía? —preguntó Max.

—Sí, Max, no te preocupes. Tanto Pía como sus padres se encuentran bien —contestó el abuelo—. Sin embargo, han intentado robar de nuevo el arma que le quitamos al Enemigo...

—Sí, lo sé —cortó Max a su abuelo—. Me lo dijo Rex ayer mientras jugábamos en el jardín. Pero también me dijo que no lo habían conseguido.

—Esa es la única buena noticia de hoy —dijo la abuela en tono lúgubre—. Los padres de Pía han investigado quién podría estar detrás de este intento de robo y las noticias no pueden ser peores. La responsable es una de nuestras aliadas. De hecho, una de las más fuertes y alguien a quien siempre hemos considerado no solo aliada, sino una amiga. Una de las mejores que hemos tenido... No esperábamos esto de ella.

Se hizo el silencio en la mesa. Max notaba en el tono y la mirada de la abuela y en cómo el abuelo inclinaba su cabeza hacia el suelo, sin que en su rostro se dibujase su habitual sonrisa, que la noticia había sido un duro golpe para ellos. Rex masticaba sus cereales sin apenas hacer ruido, con el hocico casi dentro del cuenco. Agatha y Godofredo se dirigieron una mirada, ambos tenían los ojos brillantes a causa de las lágrimas. El abuelo cogió la mano de la abuela por encima del mantel y se la apretó.

—¿Quién es? —preguntó por fin Max, confuso.

El abuelo se removió en su silla, incómodo. Se resistía a decir el nombre. Sentía que decirlo en voz alta era como hacerlo real, pero no quedaba más remedio, Max tenía derecho a saberlo todo. Al fin y al cabo, iba a viajar con ellos a Ur. No podían, ni querían, ocultarle información a

su nieto. Godofredo miró de nuevo a Agatha, que se encogió en su silla, y después dijo:

—Kymodoke, la Bruja del Mar.

3

De nuevo en marcha

—Kymodoke, la Bruja del Mar —repitió Max, con un escalofrío—. ¿Quién es? Suena a peligrosa.

—Lo es. Y no me puedo creer que haya traicionado a tus abuelos de esta manera. —El dinosaurio miró a Agatha y Godofredo, la incredulidad hacía que su voz fuese más temblorosa de lo habitual cuando estaba nervioso—. ¿Estáis seguros de ello?

—Lo siento mucho, Rex. Al parecer no hay muchas dudas. Ha intentado robar el arma que guardaban en el Palacio Marino... —contestó Agatha—. Venga, pongámonos en marcha. Tenemos que ir a casa de Falgar. Cuando lleguemos, él podrá darnos más datos.

Los cuatro subieron por las escaleras que iban a parar a la puerta del taller del abuelo. En su interior se encontraba el transportador dimensional, una especie de armario redondo de metal y con un montón de luces que servía para viajar desde la Tierra a la dimensión paralela de Ur.

Godofredo pulsó algunos botones en la máquina y abrió la puerta.

—Rex, Agatha, id vosotros primero. Ahora os seguiremos Max y yo.

El dinosaurio entró y sujetó la puerta para que pasase la abuela, que portaba una voluminosa mochila. El dinosaurio se había ofrecido a llevársela, pero Agatha lo había rechazado negando con la cabeza de un lado a otro con bastante vigor. La abuela pensaba que, si no era capaz de llevar lo que metía en la mochila, entonces es que no necesitaba llevarlo.

Una vez dentro, Godofredo pulsó otro botón.

**T R R R R R K K K K S S S S S S S S
F F F F F I I I I U U U U U U U U F F F F F I I I I U U U U U U U U
G R L K S G R L K S G R L K S**

iii POFF!!!

El abuelo volvió a abrir la puerta del transportador dimensional y ya no había nadie dentro.

—Venga, Max, nos toca —dijo el abuelo empujando con suavidad al niño por la espalda.

Max entró en el armario, el abuelo pulsó de nuevo uno de los botones que decoraban el armario y se metió en el transportador cerrando la puerta tras él. De nuevo en el taller pudo oírse:

**T R R R R R K K K K S S S S S S S S
F F F F F I I I I U U U U U U U U F F F F F I I I I U U U U U U U U
G R L K S G R L K S G R L K S**

iii POFF!!!

En otro taller del abuelo, pero esta vez situado en la casa de Ur, se pudo oír por segunda vez ese día:

BURIBURIBURIMEEEEEE

iii POFF!!!

Cuando Max y Godofredo salieron de la máquina que los llevaba entre la dimensión de la Tierra y la de Ur, la abuela y Rex les estaban esperando.

Los cuatro salieron de la casa de Punta Escondida en Ur y se dirigieron a la playa. A no muchos kilómetros de donde estaban, se encontraba la cabaña situada a caballo entre la arena y el mar en la que vivía Falgar, un cangrejo de más de un metro de alto y con una larga barba blanca, que mantenía al Enemigo siempre bajo vigilancia. Nadie sabía cómo lo hacía, pero Falgar solía saber las cosas casi en el mismo momento en el que sucedían, si bien algunos creían que las sabía incluso antes de que sucediesen.



El abuelo y Rex charlaban sobre sus últimos inventos unos pasos por delante de la abuela y de Max, lo que el chico aprovechó para intentar

aclarar algunas dudas que tenía.

—Abuela, ¿por qué nunca me habéis hablado de Kymodoke? —preguntó Max.

—Cariño, no te hemos hablado de muchas cosas —contestó Agatha—. Aunque llevas poco tiempo con nosotros, ha habido bastante agitación por aquí desde que llegaste. Son muchos años sin vernos y no nos ha dado tiempo a ponernos al día con todo, mucho menos con lo que respecta a Ur. Pero no te preocupes, poco a poco irás sabiendo más cosas y conociendo a nuestros amigos.

—¿Y por qué no conozco tampoco a los padres de Pía? —siguió preguntando el chico—. He oído hablar mucho de ellos, pero nunca los he visto.

La abuela dudó unos momentos antes de contestar. Comenzó a hablar y de su boca no salió ni un solo ruido. Volvió a quedarse pensativa y, por segunda vez, pareció que iba a contestar... Pero tampoco. Finalmente, miró a su nieto y, casi como si se quitase un peso de encima, dijo:

—Mira, Max, prefiero que te lo explique Pía. Os habéis hecho muy buenos amigos y sé que ella lleva un tiempo queriendo contarte algo. También sé que no ha visto el momento... Pía no tiene muchos amigos y tiene miedo de que te asustes cuando sepas... todo.

—¿Todo? —La curiosidad estaba matando a Max, no podía imaginar qué tendría que contarle Pía que pudiese asustarle—. ¿Qué quieres decir con «todo»? ¿Qué es «todo»? ¿Qué le pasa a Pía? ¿Es un extraterrestre o algo así?

—Teniendo en cuenta que sus padres son de Ur, un poco extraterrestre sí que es. Y tú también. Sin embargo, creo que no te refieres a eso —rio Agatha—. Venga, anda, si la vas a ver en un rato, no seas tan impaciente. Es ella la que tiene que decírtelo.

—Vamos, abuela, cuéntamelo. ¡Quiero saberlo! —rezongó Max—. No puedes dejarme así, ahora quiero saber qué pasa. Nada de lo que me diga Pía me va a asustar, es mi amiga y no importa nada más.

—Me alegra que digas eso, cariño. A los amigos hay que cuidarlos y quererlos.

—Entonces, ¿me lo vas a contar? —Max miró a la abuela. La esperanza brillaba en sus ojos.

—No. Ya he dicho que te lo tiene que contar ella.

—Empiezo a cansarme de que me digáis eso —refunfuñó Max.

La abuela se rio de nuevo y apretó el paso hasta ponerse a la altura de Godofredo y Rex, dando así la conversación por finalizada. Max se paró en la arena y miró con el ceño fruncido cómo se alejaba. Ahora sí que tenía ganas de ver a Pía. El pequeño interrogatorio al que había sometido a la abuela no solo no le había aclarado ninguna duda, sino que le había generado todavía más de las que ya tenía.

El chico corrió los pocos metros que le separaban del resto. Cuando llegó a su altura, les animó para que caminasen más rápido, no quería perder ni un solo segundo. Tenía que hablar YA con su amiga.

4

Algo no va bien

Algo no iba bien.

La puerta de la cabaña, situada a caballo entre la arena y el mar, estaba abierta, pero no se veía a Falgar por ningún lado. Salieron de nuevo a la playa y le buscaron en los alrededores sin ningún resultado. Todavía era de noche y, aunque llevaban linternas, no era fácil encontrar nada ni a nadie en aquella oscuridad.

Volvieron al interior de la cabaña. Todo estaba en su sitio. La taza en la que Falgar desayunaba colgaba de un gancho encima del fregadero de la cocina. Todavía estaba húmeda. No podía haber salido hacía mucho.

Los abuelos decidieron esperarle en la playa. Miraban continuamente a su alrededor, inquietos. No era propio de Falgar salir cuando había quedado en encontrarse con ellos.

—Algo va mal, Godofredo —dijo la abuela intentando que el nerviosismo no se reflejase en su voz—. Falgar no se iría sin dejarnos una nota o algo.

El abuelo se levantó sacudiéndose el fondillo de los pantalones para desprender la fina arena de la playa. Miraba al horizonte, por el que empezaban a asomar los primeros rayos de sol.

—Lo sé, Agatha. Lo sé. Yo también lo he notado. Hay algo extraño en el ambiente. —El abuelo se estremeció al decir esto—. Cuando salga el sol podremos buscar más pistas. Por ahora solo queda esperar. De todas formas, voy a enviar un mensaje a los padres de Pía. Tenemos que llegar al Palacio Marino cuanto antes.

Godofredo caminó hacia la cabaña y desapareció en su interior.

—Abuela, ¿le ha pasado algo a Falgar? —La voz de Max era apenas un susurro.

—No lo sé, hijo. Pero nunca, nunca, en todos los años que hace que conocemos a Falgar, había faltado a una cita.

Después de eso, los tres se quedaron en silencio. Unos minutos después, el abuelo salió de la cabaña y se unió a ellos.

Poco a poco el sol fue desplazando la oscuridad de la noche y, por fin, hubo suficiente luz para poder buscar más pistas de lo que había sucedido en los alrededores de la casa de Falgar. No habían pasado ni cinco minutos cuando, desde la parte de atrás de la cabaña, oyeron la voz de Rex llamándoles a todos.

—¡Aquí! ¡Agatha! ¡Godofredo! ¡He encontrado algo! —La voz del dinosaurio había subido de tono y era un chillido agudo.

Todos fueron corriendo. Cuando llegaron encontraron a Rex agachado de espaldas a ellos, mirando algo que había en la arena. Su voluminoso cuerpo les impedía ver qué era lo que miraba con tanto interés. Godofredo hizo un gesto con la mano en dirección a Agatha y Max para que no se acercasen. No quería que nadie pisase el único rastro que podía indicarles qué le había sucedido al cangrejo.

—Algo salió del agua por esta zona. —El abuelo seguía dos surcos del mismo tamaño de los que dejarían las ruedas de un coche, pero no los habían dejado unas ruedas. Las huellas eran lisas, profundas y muy anchas. No los habían visto antes porque los tapaba la barca de Falgar—. Debieron atrapar a Falgar mientras preparaba la barca... ¡Mirad! ¡Aquí! Hay signos de pelea... —El abuelo se agachó junto a la barca en una zona en la que la arena aparecía muy removida y llevó sus dedos hacia un pequeño charco de una sustancia negra y densa que desprendía un olor muy fuerte y desagradable—. Creo que Falgar presentó batalla e hirió a uno de sus captores... O a los dos. Después se lo llevaron de vuelta al mar por aquí. —Señaló otro surco mucho más ancho que se alejaba unos metros y después viraba hasta desaparecer en el mar.

—Tenemos que ayudarle —dijo Max con voz temblorosa. Hacía poco que conocía al cangrejo, pero les había ayudado cuando lo habían necesitado y se había encariñado mucho con él—. ¡No podemos dejarle!

—Le ayudaremos, no te quepa duda —contestó Agatha abrazando al muchacho—. Le ayudaremos.

—¿Y qué hacemos ahora? —Rex lanzó la pregunta a la vez que caminaba hacia atrás. Iba separándose del agua todo lo que podía, pero sin perderla de vista.

Agatha y Godofredo miraron la barca de Falgar a la vez.

—No podemos esperar a que envíen a nadie, Godofredo. Debemos ponernos en marcha.

El abuelo asintió a las palabras de su esposa en silencio.

—¿No estaréis pensando ir al Palacio en esta barquita...? —El dinosaurio estaba cada vez más asustado—. Decidme que no estáis pensando eso. Es peligroso. Lo que sea que se llevó a Falgar salió del mar y podría llevarnos también a nosotros. Deberíamos alejarnos cuanto antes del agua.

La voz de Rex fue desvaneciéndose cuando vio que Agatha y Godofredo empezaban a meter las mochilas en la barca. Después, Agatha ayudó a su nieto a entrar en ella y miró al aterrorizado tiranosaurio tendiéndole la mano.

—Entonces, es eso justo lo que pensáis hacer —se resignó Rex—. De acuerdo, iré con vosotros, aunque solo porque alguien tiene que protegerlos, pero que sepáis que VAMOS A MORIR TODOS.



5

En busca del Falgar perdido

Navegaban en la barca de Falgar a buen ritmo. La barca se fundía con el entorno de forma que nadie podía verla. Ellos solo necesitaban mantenerse bajo la pequeña cabina y pensar en su destino. La barquita mágica de Falgar les llevaría hasta él.

Max y Rex ya habían viajado antes en una embarcación similar, también perteneciente a Falgar. Y terminaron estrellándola contra un barco pirata. No sabían que el cangrejo se había hecho con otra, pero claro, había muchas cosas que ellos no sabían.

—Max, Rex, permaneced bajo cubierta, es mejor que nadie nos vea —ordenó el abuelo.

—¿Tardaremos mucho en llegar? —preguntó Max—. A Rex no le gusta mucho navegar.

El dinosaurio hacía visibles esfuerzos por contener las náuseas, pero no lo conseguía.

—Todavía falta un poco —comentó la abuela rebuscando en el interior de su mochila. De ella extrajo una pastillita y se la acercó al dinosaurio junto con una botella de agua—. Rex, tómate esto, hará que te sientas mejor.

—¿Qué es? —Max miraba entre curioso y divertido a su abuela—. ¿Alguno de tus brebajes con consecuencias inesperadas? —Al chico todavía no se le había olvidado aquella vez en la que la tarta de su abuela le había hecho volar hinchado como un globo.

—No seas tonto, Max, no es más que Biodramina, sirve para el mareo — zanjó Agatha, un poco indignada con su nieto—. Y, ahora, todos bajo cubierta y en silencio. Lo que sea que se ha llevado a Falgar podría venir a por nosotros.

El sol estaba ya muy alto cuando se aproximaron a una isla que flotaba solitaria en medio del mar. El agua a su alrededor tenía tonalidades que Max no había visto nunca antes: morados, rojos, naranjas, amarillos, azules... El niño sintió que se deslizaban sobre un arcoíris. Se asomó por la borda y dirigió sus ojos hacia el fondo marino. Miles de corales poblaban la zona en torno a la isla formando un bosque de color. Los peces, también de llamativos tonos, jugaban en el bosque de coral apareciendo y desapareciendo de su vista. Max nunca había visto nada tan hermoso, le recordaba a unos fuegos artificiales, pero en lugar de en el cielo, bajo la superficie del agua.

Pasados unos minutos de tranquila navegación por esas hermosas aguas, la barca raspó el fondo con la arena de la playa y los cuatro navegantes se bajaron de ella.

La isla no parecía muy grande. La arena resplandecía blanca bajo los rayos del sol haciendo que los viajeros necesitasen entornar los ojos para no ser deslumbrados. Agatha y Godofredo, cada uno con su mochila al hombro, se dirigieron a un bosque que llegaba hasta la linde de la arena. Los árboles, altos y densos, no permitían ver nada más allá, tampoco la luz del sol alcanzaba a tocar el suelo alfombrado de hojas. El bosque estaba iluminado por una tenue y tenebrosa luminiscencia verdosa. Rex y Max echaron a andar detrás de los abuelos. Preferían no quedarse muy atrás.

El grupo anduvo por el bosque durante varios minutos hasta que llegaron al pie de un árbol que era alto como un rascacielos e igual de ancho. Sus ramas se extendían hacia todos los lados, muy por encima de las copas de los otros árboles, formando un compacto paraguas de hojas verdes. Max y Rex miraron hacia arriba con ojos como platos. Era la primera vez que veían un árbol así. A juzgar por el grosor del tronco, debía de tener cientos y cientos de años. Los abuelos lo rodearon. Max y Rex se miraron entre ellos encogiéndose de hombros y comenzaron, a su vez, a caminar alrededor del árbol.

Cuando llegaron al otro lado, no había nadie allí.



6

Por fin habéis llegado

Max y Rex miraron a su alrededor con la inquietud reflejándose en todos los rasgos de su cara, el miedo les subía por la garganta. ¡Los abuelos habían desaparecido! ¡¡Estaban perdidos!!!

—¿Pensáis venir o qué?

La cabeza de Agatha asomaba entre las raíces del árbol, que era alto como un rascacielos e igual de ancho.

—Creíamos que habíais desaparecido —dijo Rex, aliviado, corriendo hacia la abuela—. No hemos visto esta entrada.

—¿Vienen? ¿Qué están haciendo? —preguntó el abuelo con impaciencia desde dentro de la abertura.

—Sí, querido, ya vienen. No nos han visto entrar y pensaban que habíamos desaparecido —le tranquilizó Agatha mientras ayudaba a pasar a Rex y a Max.

—Pues pongámonos en marcha. Cada minuto es vital. La vida de Falgar podría depender de nuestra rapidez.

El interior del árbol se hallaba iluminado por una luz brillante y alegre que salía de unos corales blancos que pendían de las paredes. Desde donde estaba, Max podía ver una escalera que ascendía en espiral y que iba a parar a muchos pisos. Su vista no alcanzaba a ver cuántos eran porque se perdían en lo alto. En cada piso había varias puertas que debían de ser la entrada a otras tantas salas y habitaciones.

Había otra escalera cercana que descendía. Max y Rex se asomaron a la barandilla y vieron que, unos pocos pisos más abajo, la escalera desaparecía bajo las aguas.

—Chicos, comeos esto. —Agatha les tenía lo que parecían unas verduras de aspecto bastante repugnante. Estaban secas y el color pardusco invitaba a tirarlas a la basura. Max y el dinosaurio se acercaron hasta donde estaba la abuela, el niño cogió las verduras con dos dedos manteniéndolas lejos de su cuerpo y las olió con desconfianza.

—Bueeegh. ¿Pero esto qué es? —El olor era muy muy desagradable, una mezcla entre cosas podridas y bombas fétidas—. Yo no me como esto.

—Si no te lo comes, morirás —explicó la abuela dándole otro puñado al dinosaurio, que también las olió—. Solo si te comes esto podrás respirar allá donde vamos.

—¿Y no puedo esperaros aquí? —Max se resistía a meterse esas verduras en la boca.

—Tú mismo, a nosotros nos da igual —comentó el abuelo—. Aquí estarás seguro. Eso sí, no podrás salir de este árbol. Es peligroso... Y claro, te perderás el Palacio Marino. Está bajo el mar y es...

Un grito agudo cortó la conversación.

—¡¡HABÉIS LLEGADO!! ¡¡POR FIN HABÉIS LLEGADO!! ¡¡No sabéis cuánto os he echado de menos estos días!!

—AHHHHHHHHHHH. —Rex se llevó las manos al pecho, sentía el corazón a punto de salírsele por la boca. Mirando a su alrededor descubrió un torbellino de pelo rojo que corría hacia ellos—. ¡Pía! ¡Un día me vas a matar de un susto!

—Rex, yo también me alegro mucho de verte —dijo la niña riendo—. En serio, estaba deseando que llegaseis, esto es muy aburrido sin vosotros. Agatha, Godofredo, también me alegro mucho de veros... Pero papá y mamá no sabían que ya estabais aquí, de haberlo sabido habrían venido a recibiros ellos mismos. Se encuentran reunidos con sus generales.



—No pasa nada, querida —dijo la abuela dándole un abrazo a la niña—. No hemos podido esperar a que tus padres enviasen a nadie. Ha pasado

algo y tenemos que hablar con ellos de inmediato.

Antes de que Pía pudiese contestar, una voz profunda y suave habló a sus espaldas.

—Amigos míos, es siempre una alegría recibiros en mi hogar. Solo siento que sea en estas circunstancias.

Una hermosa mujer de porte regio ascendía por las mismas escaleras por las que había aparecido Pía. Era muy alta y delgada. Sus ojos tenían el color del océano y casi se diría que se podían ver olas en su interior. El cabello, del mismo color que el de Pía, lo llevaba recogido en trenzas que se enrollaban alrededor de la cabeza en un moño que dejaba al descubierto un cuello largo y elegante. Vestía lo que parecía una armadura hecha de escamas irisadas, y tanto los rasgos de su rostro, como sus movimientos, desprendían serenidad. Al mismo tiempo, se adivinaba un poder sin límites bajo su aspecto calmado. La sonrisa de sus labios se reflejaba en los ojos y era también igual que la de Pía, abierta y sincera.

—Mamá, ven, quiero presentarte a mis amigos en la Tierra. —La niña tomó la mano de la mujer y casi la arrastró hasta donde se encontraban Max y Rex—. Este es Max... Y a Rex ya le conoces. Chicos, esta es mi madre, Anfítrite, reina de los Océanos.

—Encantado de volver a verla, Alteza. —El dinosaurio hizo una exagerada reverencia con la cabeza que provocó las risas de los abuelos, de Pía y de la propia Anfítrite.

—Encantado, señora —dijo Max sin saber muy bien cómo continuar, todavía estaba digiriendo que su amiga fuese hija de una reina, eso quería decir que la niña era una princesa y él nunca había conocido a una—. Pía nos ha hablado mucho de usted, me alegra conocerla por fin. —Y diciendo esto, le plantó dos besos, uno en cada mejilla.

—Yo también he oído hablar mucho de vosotros dos. Pía está todo el día contándonos a su padre y a mí lo mucho que se divierte con vosotros... Y, por favor, llamadme Anfi, nada de señora, alteza o cosas de esas, me hacen sentir vieja. —Después la mujer se volvió hacia los abuelos y los abrazó con cariño—. Agatha, Godofredo, tenemos que hablar sobre lo sucedido. Cuanto antes. Tengo que pediros un favor enorme... Casi no me atrevo. Aunque... No lo sé, no lo sé... —finalizó sacudiendo la cabeza.

—Falgar nos dijo algo, Anfi. Lo sabemos —contestó el abuelo. Agatha asintió con la cabeza cuando Godofredo tomó las manos de Anfi entre las suyas—. Conocemos los riesgos y estamos dispuestos a asumirlos. Ur es más importante que nuestra seguridad o la de nuestro nieto.

—Pero hay más malas noticias —añadió Agatha—. Falgar ha desaparecido. Creemos que Kymodoke ha podido secuestrarle, aunque no estamos seguros. Es vital que le encontremos.

—Pero eso lo cambia todo —dijo la reina—. De ningún modo voy a consentir entonces que mi hija o vuestro nieto vayan allí ellos solos.

Pía, Max y Rex se miraron entre ellos. No entendían adónde tenían que ir y por qué tendrían que ir solos, pero en ese momento les daba igual, lo más importante era que volvían a estar juntos.

7

Verduras de aspecto repugnante que saben peor de lo que aparentan

Los tres adultos se fueron por las escaleras que descendían hacia el agua dejando a Max, Pía y Rex en el recibidor del gran árbol. El dinosaurio comenzó a comerse las verduras de aspecto repugnante que les había dado Agatha.

—Pero ¿por qué te comes esa asquerosidad? —preguntó Max arrugando la nariz.

—Tú también deberías comértelas —dijo Pía sin dejar de contestar a Rex, que masticaba lentamente su puñado de verduras—. Es la única forma de que puedas entrar en mi casa... Y tengo muchas ganas de enseñártela.

—¿Por qué? ¿Es algún tipo de norma o algo? —Max estaba muy extrañado. No entendía nada, aunque seguía resistiéndose a comerse esas verduras malolientes.

Pía le cogió de la mano y le llevó hasta la barandilla por la que se había asomado Max antes de que llegasen ella y su madre.

—¿Ves las escaleras que bajan hasta el agua?

—Sí, claro. Es guay tener una habitación desde la que te puedes tirar en bomba al mar, pero sigo sin entender por qué he de comerme esto —dijo levantando el puño en el que tenía las verduras.

—Porque la casa de Pía no está por encima del mar —intervino Rex poniendo los ojos en blanco y resoplando—. La casa de Pía está debajo del

mar. DE-BA-JO. Estas algas son una mezcla que ha hecho tu abuela combinando diferentes algas procedentes de Ur que te permitirán respirar en el agua. De hecho, nos tendremos que llevar un puñado siempre con nosotros y comerlas todas las mañanas.

Max miró a Rex como si le estuviese tomando el pelo, después observó el puñado de verduras repugnantes que sostenía en la mano y volvió a mirar al dinosaurio. Intentaba adivinar si su amigo hablaba en serio. Y, por su gesto, se diría que sí. Además, había que tener en cuenta que se las había comido. Nadie en su sano juicio se comería esa guarería por gastar una broma.

—Hablas en serio —afirmó más que preguntó el chico.

—Claro que habla en serio —se impacientó Pía—. Venga, cómete eso y vámonos.

—¿Y por qué tú no te las comes?

—Max, yo... yo... yo soy una sirena —suspiró la niña—. Yo no necesito comer nada para poder respirar debajo del agua. Incluso en la Tierra, mi padre y yo vivimos bajo el mar, aunque nuestra casa de allí no es tan bonita como esta. Vivimos en unas cuevas submarinas frente a Punta Escondida.

—Pero... Pero... Yo creía que las sirenas tenían cola de pez...

—Ya, es un error común. Muchos marineros nos confunden con focas, pero ellas son mucho más bonitas y simpáticas que los habitantes del mar.

—Pía miró a su amigo y, al notar su desconcierto, dejó de bromear—. Max, tienes razón, hay sirenas que tienen cola de pez y otras que no. Verás, hay varios tipos de sirenas, algunos son como yo, otros tienen cola de pez, otros son de color azul con el pelo verde, incluso hay un tipo con todo el cuerpo cubierto de escamas y tienen brazos y piernas muy largos acabados en manos y pies palmeados. En realidad, aquí no miramos mucho esas cosas. Todos somos habitantes del mar y todos somos sirenas. En cuanto te comas esas algas lo podrás ver por ti mismo.

—Eres una sirena... —dijo Max más para sí mismo que para los otros—. Eso sí que no me lo esperaba. Ahora entiendo muchas cosas.



—Sí... Espero que no te hayas enfadado y que quieras seguir siendo mi amigo. Aunque, si no quieres, lo entenderé.

Pía había bajado la cabeza hacia el suelo y parecía a punto de llorar. Quería mucho a su amigo, pero sabía que la gente de la Tierra a veces rechazaba a otras personas por ser diferentes. Rex le había pasado uno de sus brazos mecánicos por el hombro. Miraba a Max exactamente igual que le miraba la abuela cuando estaba a punto de regañarle.

—Pía, no creo que Max deje de ser tu amigo porque seas una habitante del mar —dijo el dinosaurio agachando su cabeza hasta ponerla a la altura de la de la niña—. ¿VERDAD, MAX?

—No, Pía, no me has entendido —se apresuró a explicar el niño acercándose a ella—. Lo que ahora comprendo es que nades tan bien y que nunca me hayas invitado a tu casa. No importa que seas una sirena, ni que Rex sea un dinosaurio. Jolín, yo soy un simple terrestre, no hay nada más aburrido que eso. Lo único que importa es que sois mis amigos y os quiero.

—¿Lo ves? —Rex giró su cabeza hacia el niño y mostrando todos sus dientes en una escalofriante sonrisa, le guiñó un ojo—. Yo sabía que Max no era TAN tonto.

—Entonces, ¿vendrás a visitar mi casa? —preguntó Pía, ilusionada—. Estoy deseando enseñárosla.

Max miró de nuevo el puñado de algas, después, exhalando todo el aire que tenía en los pulmones, se las llevó a la boca y empezó a masticarlas. Un gesto de profundo asco llenaba su rostro. Las tragó con un sonoro GLUUUP.

¡Sabían mucho peor de lo que aparentaban!

—De acuerdo. —Max miró a sus amigos cuando logró reponerse—. Vamos allá.

8

Hacia las profundidades

Los tres amigos se dirigieron charlando a la escalera que descendía hacia las profundidades marinas.

—Con las algas podréis respirar bajo el agua —explicó Pía—, pero cuando lleguemos a casa, os daremos unos trajes especiales con los que también podremos hablar. Las sirenas no los necesitamos, pero vosotros sí. Son un invento de Godofredo y mis padres los han mejorado.

—¿Molan tanto como el que llevas tú? —Max señalaba al traje que llevaba Pía. Era como el de su madre, una especie de armadura de escamas que a la vez parecía muy flexible.

—Son muy parecidos —contestó Pía—. La única diferencia es que los vuestros llevan un casco y una pequeña mochila con una reserva de aire comprimido. Una medida de seguridad en caso de que no podáis comerlos las algas a tiempo.

Cuando llegaron a la parte de la escalera en la que el agua ya le llegaba a los tobillos, Max empezó a sentirse algo nervioso.

—¿Seguro que podré respirar? —preguntó mirando a Pía y a Rex alternativamente. Se agarraba al pasamanos con tanta fuerza que se le habían puesto los nudillos blancos.

—Claro, Max —contestó Pía—. ¿Crees que te mentiría? No hay peligro.

—Vamos, si hasta yo me atrevo, es que nada malo puede pasar —afirmó el dinosaurio riéndose—. No, en serio, Max, yo ya he estado antes aquí y sé que no pasa nada. —Rex cogió la mano que el niño tenía libre y se la apretó en un intento de infundirle seguridad.

—Lo primero que haré será llevaros a vuestras habitaciones. Allí podréis cambiaros de ropa. Después visitaremos la ciudad. —Pía le miraba y asentía con la cabeza en un vano intento de distraer a Max de su miedo —. Verás la de cosas geniales que vemos. Mientras estéis conmigo, no os pasará nada. Yo me encargaré de recordaros cuándo tenéis que tomar las algas de nuevo.

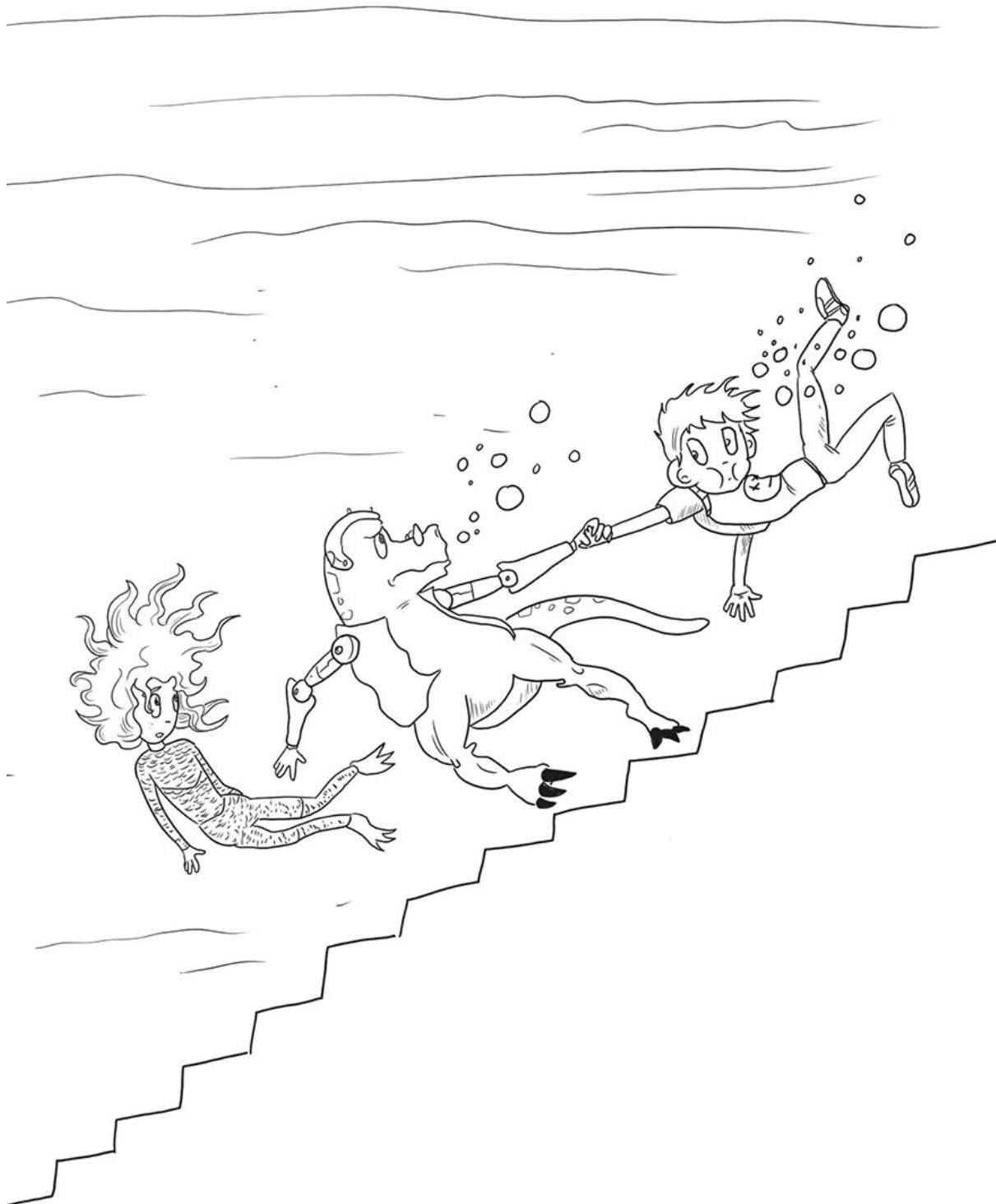
Max pareció tranquilizarse un poco y aflojó la presión sobre el pasamanos. Continuó bajando los escalones muy despacio hasta que el agua le cubrió la cabeza. Se quedó quieto unos instantes. Pía y Rex lo miraban y le decían mediante gestos que inspirase. Max al principio dudó. Se había llenado los pulmones de aire y contenía la respiración con los mofletes hinchados como globos. Cuando no pudo aguantar más sin respirar, intentó sacar la cabeza del agua, pero Rex le agarró la mano y negó con la cabeza impidiéndole subir a la superficie. Max sintió que se ahogaba, que no le quedaba aire... Estaba a punto de rendirse. Iba a morir ahogado por culpa de ese dinosaurio cabezota que seguía sujetándole.

—RESPIRA, IDIOTA —dijo Pía, plantada delante de él.

Max veía que la niña le hablaba, pero lo único que entendió fue:

RESGLUGLUGLGUPI GLUGLUGLURA GLUGLUGLU, IGLUGLUGLUDIO GLUGLUGLUTA GLUGLUGLU.

Sentía que le ardían los pulmones, no podía estar más rato sin respirar. Abrió la boca y el agua salada se abrió paso por su garganta... Y no pasó nada. Podía respirar. El niño miró a sus amigos con los ojos muy abiertos y rió. De su boca salieron burbujas que se elevaron hacia la superficie del agua. Tampoco la sal parecía molestarle en los ojos... Esas algas eran geniales, asquerosas y repugnantes, pero geniales.



Pía señaló hacia el hueco de la escalera y nadó hacia allí. Max y Rex dejaron la seguridad de los escalones y la siguieron. Rex era bastante torpe, pero se manejaba. Los peces buceaban a su alrededor y se

acercaban curiosos a mirar esos extraños visitantes. Jugaban con las burbujas que subían hacia la superficie desde su boca y nariz. Los peces adoraban jugar con las burbujas. Max los miraba divertido y echaba más burbujas para que siguiesen jugando cerca de él. Nunca había estado tan cerca de peces tan bonitos, tan cerca que podía acariciar sus suaves lomos cuando pasaban junto a él.

Según descendían, Pía les iba parando para indicarles cuándo debían compensar los oídos para que no se hiciesen daño. Al llegar al fondo, la niña encabezó la marcha hacia la ciudad de los habitantes del mar y su Palacio Marino.

El niño miraba a su alrededor maravillado. Nunca había buceado en el mar y todo lo que veía a su alrededor le sorprendía. La sensación de estar rodeado de agua era genial, se sentía ligero y más tranquilo de lo que en un principio había creído posible.

Max nunca se había sentido tan libre.

9

En el Palacio Marino

Pía acompañó a Max y Rex a sus habitaciones, que estaban situadas en la misma ala del Palacio Marino que la suya (de hecho, eran tres habitaciones contiguas) y les indicó por señas que les esperaría fuera mientras se cambiaban.

Max entró en su dormitorio y, sobre su cama, pudo ver un traje de escamas y una especie de pecera de cristal. Se lo puso todo y volvió a salir. Al poco, Rex asomaba por la puerta de su habitación y se unía a ellos.

—¿Os van bien los trajes? —preguntó Pía—. Es importante que estén ajustados, así mantendréis el calor.

—Como un guante. La verdad es que son muy chulos —contestó Max mirándose el traje por todas partes a las que llegaban sus ojos.

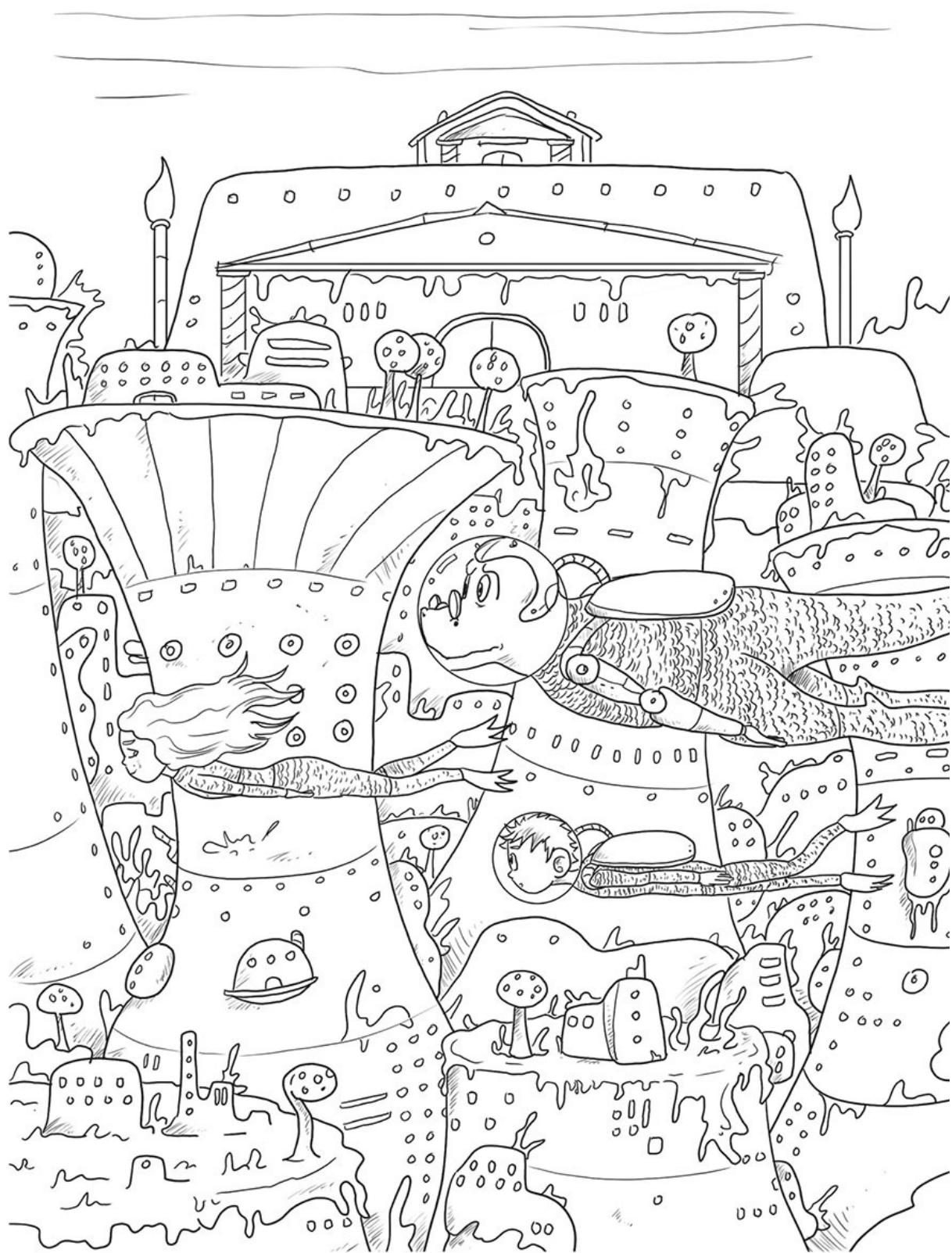
—A mí también me queda perfecto —confirmó Rex terminando de ajustarse una de las mangas. El mono que lucía el dinosaurio estaba hecho de modo que pudiese llevar puesto su chalecotrón, el chaleco que le había fabricado el abuelo Godofredo para que pudiese utilizar sus cortos brazos.

—Pues entonces, seguidme, quiero enseñaros la ciudad.

Pía nadó a través de uno de los ventanales del palacio, se detuvo unos pocos metros más allá y les hizo señas para que la siguiesen.

Los tres bucearon por la Ciudad Submarina descubriendo las maravillas que escondía. Desde la superficie solo se veían corales y peces, pero en el fondo marino todo era muy diferente. Algunos edificios eran de coral, de un solo color, otros combinaban muchos colores y el sol los hacía resplandecer; otras viviendas eran cuevas naturales recubiertas de algas y

rocas que lanzaban brillantes destellos. Max siempre había pensado que bajo el agua todo se volvía de un mortecino tono azulado, a causa de los documentales que a veces veía con sus padres, pero nada más lejos de la realidad. Los corales absorbían la luz del sol y la devolvían multiplicada por cien añadiendo colores rosas, morados, amarillos, naranjas y azules muy intensos. Los edificios formaban un extraño jardín escalonado que resultaba impresionante. Si le hubiesen preguntado, Max habría dicho que era la ciudad más bonita que había visto en su vida.



—¿De qué están hechos los edificios? —preguntó—. ¿Por qué son tan brillantes?

—Se trata de un coral que no existe en la Tierra —explicó Pía—. Al absorber la luz solar la acumula y la convierte a su vez en una luz que toma los colores del coral, por eso es todo tan brillante y luminoso. En la Tierra no pasa eso, los corales no devuelven luz. Tuvimos que llevarnos algunos de aquí para poder ver por las noches en nuestra casa de allí.

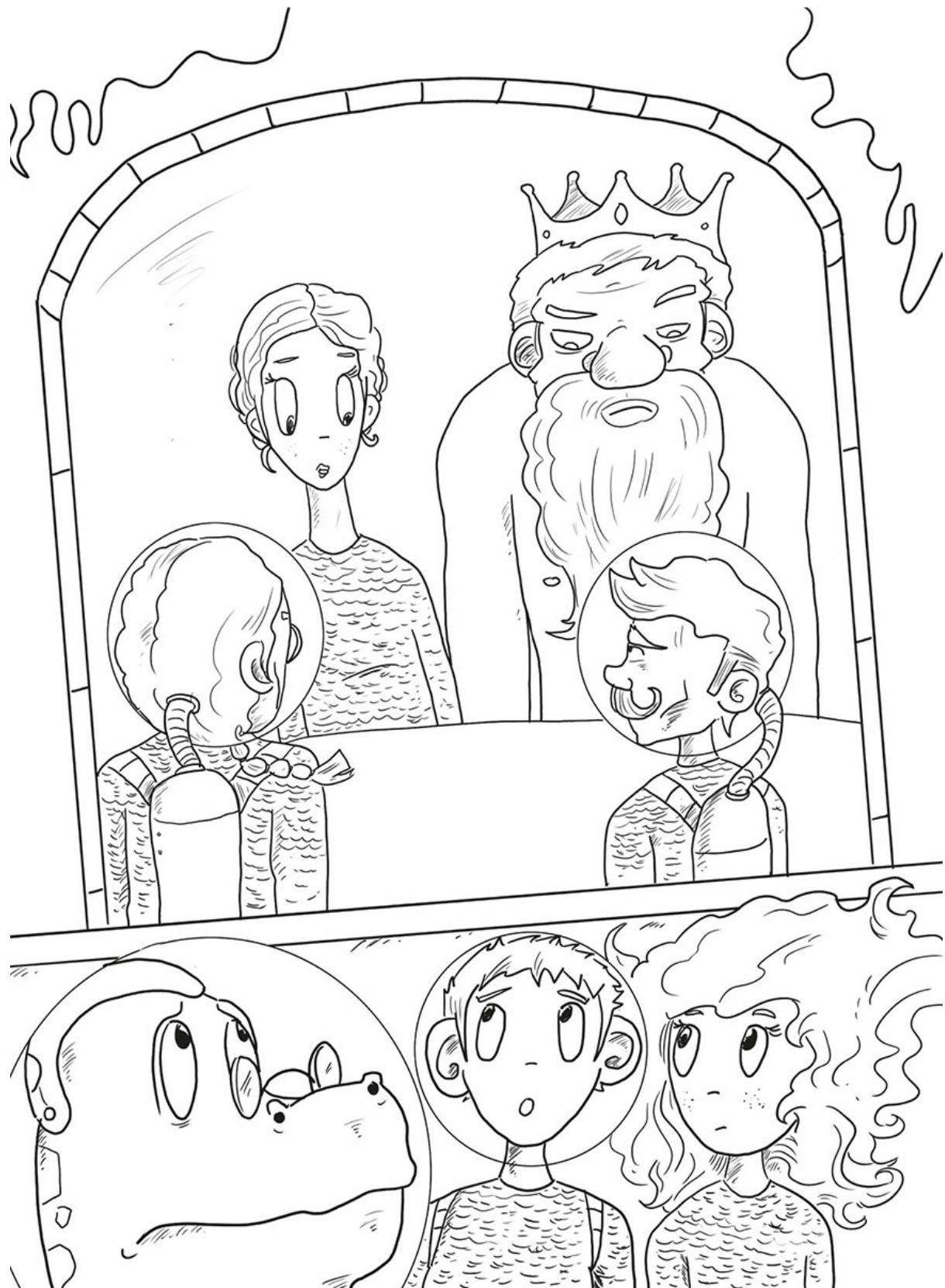
Los tres siguieron descubriendo la ciudad y Pía les presentó a muchos de los ciudadanos, todos parecían felices. La niña les contó que, aunque sus padres eran los reyes, habían resultado elegidos por sus vecinos. Se celebraban elecciones cada 10 años y debía elegirse a un rey y una reina, o bien dos reyes o dos reinas. Nunca debía recaer todo el poder en una sola sirena (hombre o mujer), así, si uno quería hacer una tontería, el otro inculcaba un poco de sentido común para que la tontería no fuese tan grande. También contaban con un consejo de sabios formado por las más ancianas de entre las sirenas, quienes aconsejaban y guiaban a los monarcas en casi todas sus decisiones. En general, los habitantes del mar eran un pueblo próspero y justo en el que todos trabajaban por el bien común. Los ciudadanos recibían formación en ciencias (cada uno elegía la rama que prefiriese), idiomas y técnicas de caza, pesca y cultivo. También recibían entrenamiento militar, ya que, si bien se trataba de un pueblo pacífico, llevaban muchos años comprometidos en la lucha contra el Enemigo.

Max asistía a las explicaciones de Pía con interés, las cosas eran muy diferentes en la Tierra. Le gustaba aquel reino submarino, pero vivir allí habría sido muy difícil para él, sobre todo teniendo en cuenta las repugnantes algas que tendría que tragarse todas las mañanas.

Pasaron la mañana buceando y conociendo más detalles sobre la vida bajo el mar. Cuando llegó la hora de comer, Pía les llevó de regreso al Palacio Marino. Estaban bordeando el muro del palacio cuando oyeron la voz de Anfítrite, que salía por uno de los balcones. Pía les hizo gestos para que guardasen silencio y se aproximó hasta situarse bajo el balcón. Max y Rex la imitaron.

—Tenemos que atacar cuanto antes —dijo la reina plantando un puñetazo en la mesa—. No estoy dispuesta a permitir que mi hija vaya allí sola. Iba a pediros que Rex y Max la acompañasen... Ya lo imaginabais, pero ahora, sabiendo lo que le ha hecho a Falgar, no estoy dispuesta a arriesgar la vida de los niños.

—Anfítrite, tú misma lo has dicho, Pía no estará sola. —La voz de la abuela era suave pero firme—. Estás siendo muy injusta con tu hermana. Antes de atacar, deberíamos escuchar lo que tiene que decirnos.



—Es muy peligroso. Ya ha secuestrado a Falgar —continuó Anfítrite—. ¿Qué os hace pensar que no secuestrará también a Pía, a Rex y a Max? No hay más que hablar, atacaremos al amanecer.

—Anfi, querida, escucha a nuestros amigos. No sabemos a ciencia cierta qué ha ocurrido con Falgar. —Pía reconoció la voz de su padre, Poseidón—. Kymodoke nunca haría daño a Pía. Si algo te ha pedido a lo largo de todos estos años desde su destierro, ha sido poder ver a su sobrina. Ha sido demasiado tiempo...

—Ya es tarde para estas consideraciones. —Anfítrite sonó derrotada—. Sé que no he sido justa con ella, pero ahora se ha aliado con el Enemigo. Debería haberte escuchado hace tiempo. No lo hice y me arrepiento.

—Por favor, Anfi, nosotros la conocemos bien. —El abuelo hizo un último intento—. Necesitamos hablar con ella para saber qué ha pasado, no podemos creer que nos haya traicionado así.

—Atacaremos al amanecer. Lo siento. De verdad que lo siento, pero no quiero que los niños se pongan en peligro. Si algo les pasase no me lo perdonaría... Ahora no queda más remedio que capturar a Kymodoke y someterla a juicio.

Anfítrite salió de la sala. Los niños, bajo el balcón, escucharon la puerta cerrarse y los sollozos de la reina según se alejaba por los pasillos del Palacio Marino.

—Lo siento, amigos. —Poseidón tomó la palabra, su voz traslucía el desánimo que sentía—. He intentado hacerla recapacitar, lo que sucedió con Kymodoke fue un accidente, pero Anfítrite no ha podido perdonarla en todos estos años.

—No es culpa tuya —le consoló el abuelo—. Sabemos que has intentado durante mucho tiempo conseguir el perdón de Kymodoke, pero Anfítrite ha hecho oídos sordos a todos los argumentos.

—Lo que más nos preocupa ahora es la batalla —dijo la abuela—. Kymodoke es muy poderosa, se perderán muchas vidas si la atacamos...

Pía miró a sus amigos, estaba pálida. Los mayores siguieron discutiendo en la sala, pero ella ya había oído más que suficiente para tomar una decisión. Los tres se alejaron del balcón hasta una zona en la que nadie pudiese oírlos hablar.

—No sabía que la Bruja del Mar era mi tía. Sabía que quería hablar conmigo y solo conmigo, pero no tenía ni idea de que fuese mi tía. —Pía parecía impresionada—. Creo que debería ir a verla y averiguar qué quiere.

—Ni se te ocurra, Pía. NI-SE-TE-O-CU-RRA. —Rex negaba con la cabeza y retrocedía lentamente en el agua.

—¡Pero tengo que ir! —exclamó Pía—. Podemos evitar una batalla en la que morirán sirenas. Tú mismo lo has escuchado.

—Si tu tía no nos mata, lo hará tu madre cuando se entere. —Max sonreía—. Y no sé cuál de las dos me da más miedo, pero estoy contigo en esto. Mis abuelos creen que no nos hará daño y yo confío en ellos, así que creo que debemos intentar evitar esta batalla. No vengas si no quieres, Rex, iremos nosotros.

—Se nos va a caer el pelo —lloriqueó Rex—. SE NOS VA A CAER EL PELO.

—Entonces, ¿vienes o no? —preguntó Pía resoplando y poniendo los ojos en blanco.

—Pues claro que voy —gruñó Rex—. Si no os acompañó, se me caerá el pelo a mí solo cuando se enteren. Por permitiros hacer esta locura. Y ESO SÍ QUE NO.

10

Tridentes y porras

Los tres niños prepararon sus cosas con rapidez. Como siempre, Rex no se olvidó de incluir una cuerda porque nunca se sabía cuándo se podía necesitar una. Además, llevaron un suministro suficiente de las repugnantes algas de la abuela y algo de comida. Cuando Max y Rex se reunieron con Pía en las afueras de la ciudad, la niña les tendió un tridente plateado y una especie de porra a cada uno.

—Si nos atacan, tendremos que defendernos —explicó a sus amigos—. Hay muchos peces que trabajan para el Enemigo. Todos son muy peligrosos y podrían matarnos... Algunas de las medusas a sus órdenes lo conseguirían con solo rozarnos, así que no os quitéis los guantes del traje ni las escafandras por nada del mundo.

—Pía, ¿estamos seguros de que queremos hacer esto? —preguntó Rex con voz temblorosa.

—Pues claro que estamos seguros, no empieces —contestó un poco enfadada—. He encontrado en la biblioteca del palacio la situación de los dominios de mi tía, pero no he podido encontrar nada del accidente que ha mencionado mi padre. Aunque eso no es importante ahora. Sus dominios no están muy lejos, aunque el camino es... —dijo Pía interrumpiéndose en el último momento y mirando al dinosaurio.

—¿Es QUÉ? —la apremió Rex—. PELIGROSO, IBAS A DECIR PELIGROSO, ¿VERDAD?

—No, Rex, no es peligroso. Es MUY peligroso. Pongámonos en marcha.

Pía se dio media vuelta y comenzó a nadar. No habían avanzado mucho cuando una neblinosa oscuridad azulada se cernió sobre ellos. La Ciudad Submarina y sus brillantes luces habían quedado atrás, solo el lejano sol alumbraba ahora su camino. A Max el mundo submarino ya no le pareció tan amigable. Se había vuelto oscuro y amenazador.

Según avanzaban fueron encontrándose cada vez con menos peces. Llegó un momento en el que, alrededor de ellos, solo había cuevas cuyas entradas parecían bocas hambrientas. De repente, oyeron un ruido como el que harían dos trozos de madera al chocar entre sí. Miraron a su alrededor, pero no pudieron situar el sonido. Bajo el agua, el ruido se mueve de una forma curiosa. Para ser exactos, se mueve por todas partes y es muy difícil localizar su procedencia.

Avanzaron con cuidado y con las armas alzadas. Cada cueva se había vuelto un sitio en el que cualquier ser podría estar acechándoles, agazapado, listo para atacarles. De una de las cuevas asomó una barracuda... El sonido que habían oído hacía un rato era el de sus dientes castañeteando. En otra de las cuevas apareció una morena, y en otra, una serpiente marina y un tiburón toro... En apenas unos instantes estuvieron rodeados. Era demasiado tarde para escapar.

Los animales comenzaron a entrechocar sus dientes a la vez que se acercaban hacia ellos. El ruido era atronador.

Los tres amigos se situaron espalda con espalda, con los tridentes listos para clavarlos a la menor aproximación por parte de los peligrosos peces.

Estaban atrapados.



11

Completamente rodeados

Pía miraba a su alrededor buscando una salida que los peces no hubiesen cubierto, sus ojos se posaron sobre una roca cuyas algas verdes resplandecían gracias a unos débiles rayos de sol que habían conseguido llegar hasta allí abajo. El agua refractaba la luz convirtiendo el fondo marino en un juego de luces y sombras. Pía siguió la dirección de la luz con su mirada y tuvo una idea. Era una idea un poco desesperada, pero, al fin y al cabo, era una idea.

—Ascended —susurró a sus compañeros—. Podemos intentar huir hacia arriba, allí no hay peces.

—Nos perseguirán... Y son mucho más rápidos que nosotros —dijo Max con un resoplido.

Los peces seguían acercándose, castañeteando sus dientes, anticipando el festín que se iban a dar con los tres amigos.

—Da igual, Max —añadió el dinosaurio, y mirando a Pía, continuó—: Tú puedes escapar, eres rápida en el agua. Nosotros ganaremos algo de tiempo para ti. Ve a buscar ayuda.

—No pienso dejaros aquí, tardaría mucho tiempo en conseguir ayuda. Soy más rápida, sí... Pero, además, sé manejar estas armas. Plantaremos cara más arriba, donde no tienen cuevas para protegerse. Eso no les gustará.

—Pía... —comenzó Rex.

—Cuando diga tres ascenderemos en vertical —le cortó la niña—. No os separéis. Simplemente moved los pies para subir en línea recta en la

misma formación en la que estamos... ¡¡TRES!!

—¿¿PERO QUÉ HA PASADO CON EL UNO Y EL DOS?? —preguntó Rex espantado, a la vez que comenzaba a mover los pies como les había indicado la sirena—. HAY QUE DECIR UNO Y DOS SIEMPRE.

Los tres amigos comenzaron a ascender, los peces se miraron entre ellos confundidos, sus presas no solían huir, lo normal era que se quedasen paralizadas por el miedo. Poco a poco se reagruparon y algunos (muchos) continuaron la persecución.

Max miró hacia el fondo marino y vio como sus perseguidores dudaban. Los de mayor tamaño les siguieron, pero los más pequeños se volvieron a sus cuevas. Una de las barracudas se puso a la altura del chico y lanzó una dentellada a su cara. Un tridente apareció ante sus narices haciendo que el pez mordiese el metal y perdiese varios dientes. Pía retiró su arma de delante de Max. La barracuda se separó de ellos gimoteando.

El sol les iluminaba en su ascenso, los peces seguían atacándoles, intentando morderles, pero Pía era realmente buena con las armas y paraba todos los intentos. Rex se había quitado de encima a algunas morenas gracias a los brazos de su chalecotrón; sin embargo, las armas no parecían servirle de mucho. Y Max se dedicaba a blandir su tridente como si de una honda se tratase y a golpear todo lo que pillase con la porra; no era muy elegante, pero sí bastante efectivo.

Los avances del enemigo no cesaban y los tres amigos comenzaban a cansarse, no sabían cuánto tiempo más aguantarían. Eran demasiados peces y no sabían si podrían con todos.

De repente, una sombra les cubrió. Los tres miraron asustados hacia donde se suponía que estaba el sol unos segundos antes.

Un grupo de siete enormes tiburones blancos nadaba en cerrados círculos sobre sus cabezas.



12

Como si un trueno pudiese hablar

Los tiburones blancos comenzaron a descender, todavía trazando círculos en el agua. Max solo pensó que eran enormes, no podía pensar en otra cosa, más que nada porque imaginaba que sus dientes tendrían un tamaño acorde al de los animales: demasiado grandes. Algunos de los escualos eran más largos que las furgonetas de reparto que veía por su ciudad. El niño le tenía pánico a los tiburones sobre todo desde que había visto una antigua película en la que uno de ellos sembraba el terror en un pueblecito costero. De hecho, no había vuelto a bañarse en el mar hasta que conoció a Rex. Y ahora había al menos siete rodeándoles... Y se acercaban más.

Los peces habían dejado de luchar. Pía tenía su vista fija en el nuevo grupo, su gesto era serio y concentrado.

—Vamosamorirvamosamorirvamosamorir —mascullaba Rex entre dientes.

—CHISSSTTTT —ordenó Pía—. Calla, Rex, déjame que piense.

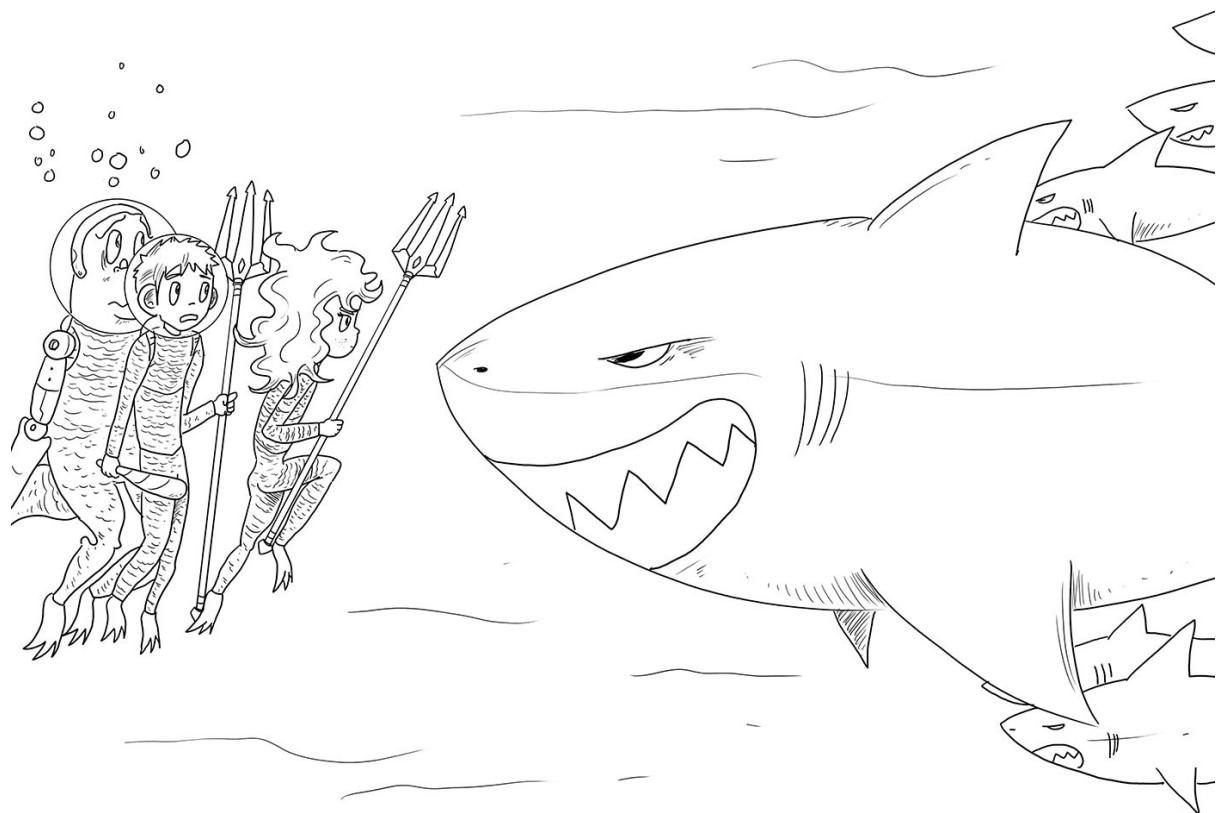
—A ver, no hay mucho que pensar —contestó el dinosaurio, con los hombros caídos. Todavía sostenía su tridente y su porra, pero ya no se protegía el cuerpo con ellos. Estaba a punto de rendirse—. Son inmensos, se nos comerán de un bocado... Mira, lo bueno es que por lo menos no sufriremos.

—¿Qué hacen? ¿Por qué no nos atacan? —preguntó Max—. Nos tienen rodeados por todas partes, no hay nada que podamos hacer para escapar.

El nutrido grupo de tiburones blancos se había situado alrededor de ellos y de los peces con los que peleaban, pero algunos se habían quedado también arriba. Cubrían todas las posibles vías de escape. Al parecer, eran bastante más inteligentes que los ahora ridículos pececillos que les habían tendido la emboscada.

—Estoy pensando —dijo Pía—. Necesito comprobar una cosa, pero están demasiado lejos para que pueda ver lo que necesito ver... Y cada vez hay menos luz.

En ese momento, el tiburón más grande del grupo se aproximó a toda velocidad por el lado por el que se encontraba Max. Tenía las fauces abiertas. El chico pudo ver varias hileras de afilados dientes en su bocaza. Pensó que aquello iba a doler mucho, así que cerró los ojos con todas sus fuerzas.



—¡¡Sí!! ¡¡Sí!! —exclamó Pía con la victoria brillando en su voz—. ¡¡Sabía que eras tú!!

Max abrió un ojo y después el otro. Las morenas, barracudas y tiburones toro escapaban en desbandada por donde podían; algunos se

metían en las bocas en forma de arco de los tiburones blancos con las prisas de la huida, si bien estos los escupían y dejaban que se marchasen.

—¿Qué ha pasado? —Max se sentía muy débil. Hacía unos segundos pensaba que los animales iban a devorarlos y, de repente, la situación era muy distinta.

—¿Me crees si te digo que no tengo ni idea? —contestó Rex encogiéndose de hombros. Después hizo un gesto con la cabeza señalando al más grande de todos—. Ese grandote parecía que iba a comerte, pero se ha zampado de un bocado a la morena que había delante de ti, y los demás... Bueno, pues ya lo ves, parece que tienen prisa por huir. No sé, lo mismo nos quieren para ellos solos, aunque Pía está demasiado contenta para que sea eso.

La lucha duró poco... O, mejor dicho, la desbandada de peces duró poco. En menos de un minuto habían desaparecido todos de la vista de los tres amigos. Los tiburones blancos se les acercaron, el que iba a la cabeza era inmenso. Pía buceó hasta situarse delante de él. Se miraron unos instantes frente a frente. Max vio lo pequeña que era ella y lo imponente y perfecto que era el animal. Después la niña se abrazó a su hocico.

—¡Sabía que eras tú!! ¡No sabes cuánto te he echado de menos!! —exclamó Pía, emocionada—. Intentaba buscar tu marca de nacimiento en la barriga, pero no podía verla con tan poca luz.

—¡Mi guerrera favorita! —La voz del tiburón era grave y muy profunda. Sonaba como si un trueno pudiese hablar.

—¿Os... os conocéis? —preguntó Rex con cautela.

—Claro, nos criamos juntos.

Pía les hacía señas para que se acercasen. Max y Rex se mantenían a una distancia prudente de los grandes escualos. Max fue el primero en acercarse, tenía muchas ganas de verlos de cerca a pesar del pánico que le habían causado desde que había visto aquella película. Rex se mantuvo todavía unos metros atrás, aunque poco a poco iba perdiendo el miedo.

—Este es Luke —comenzó Pía a presentarles—, y estos son Max y Rex. Luke es mi compañero. Hemos entrenado juntos desde pequeños.

—Tú te estás saltando los entrenamientos —contestó Luke riéndose.

A Max la risa de Rex le daba escalofríos, la de Luke le daba pavor. Había más dientes en su boca de los que podía contar.

—Bueno, es que las cosas con el Enemigo están cada vez peor y los abuelos de Max me necesitan.

—¿Los abuelos de Max? —El tiburón miró al niño con curiosidad y se le acercó.

Max sintió cómo todo el vello del cuerpo se le erizaba. Y eso que estaba bajo el agua. Luke comenzó a olisquearle.

—¡No me digas que eres el nieto de Agatha y Godofredo! ¿Están aquí? ¿Dónde están? —El animal miró por encima del hombro del chico y después volvió a fijar la vista en él.

—Estooo... Se han quedado en el Palacio Marino —contestó Max—. Nosotros... Bueno... Es que...

—Nosotros estamos buscando la guarida de Kymodoke —confesó Pía.

—Eso es muy peligroso, hasta para ti, que eres la mejor guerrera que conozco —contestó Luke muy serio—. ¿Verdad, amigos?

Todos los tiburones del grupo asintieron y murmuraron cosas incomprensibles con sus voces de trueno.

Pía le contó a Luke la conversación que había escuchado entre los abuelos de Max y sus padres.

—No sabía que era tu tía —dijo el tiburón—. Tampoco sé nada de un intento de robo. Nosotros somos el escuadrón encargado de vigilar estas aguas. Como habéis visto, están infestadas de esbirros del Enemigo. Pero no hemos visto a ninguno de los fieles a Kymodoke.

—Déjanos pasar, Luke —pidió Pía—. Tenemos que evitar el ataque de mis padres o muchos morirán.

—Tus padres me van a matar cuando se enteren... Porque se enterarán, qué le vamos a hacer... —contestó el tiburón con una media sonrisa en su enorme bocaza—. No solo os dejaré pasar, os acompañaremos hasta el Valle de las Algas. A partir de ahí, estaréis solos. Si Kymodoke nos ve en sus aguas, la cosa podría ponerse muy fea para todos.

13

El Valle de las Algas

A pesar del miedo que sentían Max y Rex a causa de los inmensos tiburones blancos, estos resultaron ser unos compañeros de viaje geniales y muy muy divertidos. Los escualos permitieron que Max y Pía montasen en sus lomos para avanzar más rápido. Rex tuvo que atar su cuerda a la aleta dorsal de uno de ellos para que lo remolcase durante todo el trayecto. El dinosaurio se sintió muy feliz, ya que, por fin, había encontrado un uso para esa cuerda que siempre llevaba a cuestas. Se lo pasó genial, lo de que le remolcasen a uno por debajo de la superficie era como hacer esquí acuático, pero sin el peligro de caerse y hacerse daño.

Avanzaron a muy buen ritmo durante toda la tarde. Ya casi caía la noche cuando llegaron al Valle de las Algas.



—Nosotros nos despedimos aquí —dijo Luke—. No podemos continuar con vosotros, os pondríamos en peligro y este valle ya es muy peligroso.

Rex pegó un respiro al escuchar estas palabras.

—Lo entendemos —contestó Pía mientras descendía de su lomo—. Seguiremos nosotros solos. Sé cómo moverme entre estas algas.

—Estooo..., Luke... —interrumpió Rex casi sin poder evitarlo—. ¿Qué quieres decir con que «este valle ya es muy peligroso»?

—Lo que he dicho, tened mucho cuidado, no toquéis las algas. Si lo hacéis, os atraparán y moriréis de hambre... En vuestro caso —añadió señalando con la cabeza a Max y al dinosaurio—, moriréis ahogados.

Rex miró hacia el Valle de las Algas. Y comenzó a temblar. Era imposible que tuviese un nombre más apropiado. Las algas se alzaban hasta casi alcanzar la superficie. Iba a ser muy difícil avanzar sin que los atrapasen.

Los tres amigos se despidieron de los tiburones y se quedaron mirándolos mientras se alejaban. Cuando los perdieron de vista, Pía se

giró y comenzó a sacar algo de su mochila.

—Vale, no vamos a arriesgarnos, comeos esto ahora mismo —dijo tendiéndoles las repugnantes algas que les ayudaban a respirar bajo el agua.

—BUUEEGHHH —escupió Max—. Pero si hasta mañana por la mañana no hace falta.

—Me da igual, he dicho que os las comáis.

Rex ya se había quitado la escafandra, había cogido el puñado de algas que le había dado Pía y lo masticaba lentamente. Prefería tragarse esa mezcla de apestosas algas a ahogarse ahí abajo. Si uno de ellos quedaba atrapado, los otros tendrían tiempo de ir a buscar ayuda... Y a veces vivir o morir era solo una cuestión de cuánto tiempo podías ganar.

Max miró a Pía con algo de rencor, le parecía muy injusto que ella pudiese respirar sin problemas bajo la superficie del mar, aunque tampoco podía hacer nada al respecto. Ella había nacido sirena. A él le habría gustado también ser una sirena, sobre todo para no tener que volver a comer ese mejunje de algas de la abuela nunca más.

—Max, o te las comes tú o hago que te las comas —amenazó Pía—. Nos estamos quedando sin luz y las noches aquí son más oscuras de lo que te puedas imaginar. Incluso con las linternas tendremos una visibilidad de unos pocos metros.

Max respiró hondo, se tapó la nariz y se metió la mezcla en la boca. Cuando la engulló, volvió a ponerse la escafandra. Después miró hacia el bosque de algas que se encontraba frente a ellos. No vio ningún hueco por el que pasar sin que los atrapasen.

—Seguidme y no os separéis de mí —pidió Pía—. Iremos en fila india, yo primero, después Rex, y Max, el último. No va a ser fácil, pero podemos hacerlo. Rex, ten preparado el cuchillo de tu chalecotrón, y tú —continuó volviéndose hacia Max—, toma esto y no lo pierdas, puede hacerte falta. Si las cortas gritarán, pero solo es un truco. Si una de esas ramas te roza, la cortas y ya está.

Max cogió el enorme machete de las manos de su amiga.

14

Esqueletos por todas partes

Pía guiaba la marcha a través del bosque de algas. A veces les rozaban, pero hasta el momento, no habían tenido ningún incidente. Sobre el fondo marino y enredados en los líquenes de color verde oscuro, se adivinaban las formas de algunos (bastantes) esqueletos. Demasiados animales habían sido atrapados en aquel valle de la muerte. También vieron algunos peces en descomposición, víctimas recientes que no habían tenido ni una oportunidad frente a las agresivas plantas. La única forma de escapar era cortándolas, y un pez no tenía manos que sostuviesen un cuchillo para cortarlas. Algunos, los más grandes, podían escapar abriéndose paso a mordiscos. Si no se agotaban antes, porque las algas eran duras como cuerdas.

Avanzaban con cautela y sin separarse mucho. Con los cuchillos preparados en una mano y las linternas alumbrando el camino delante de ellos en la otra. Habían enganchado los tridentes a la espalda de sus trajes. A veces Pía se detenía y miraba a su alrededor, dudaba de cuál sería la mejor zona por la que pasar; sin embargo, no tardaba mucho en decidirse y continuar con el lento avance.



Según se adentraban en el valle, las algas habían ido haciéndose más densas. Se bamboleaban a causa de las corrientes submarinas, si bien a los tres amigos les parecía que lo que intentaban con ese vaivén no era otra

cosa que atraparlos. Se sentían observados, aunque allí no había nadie, solo esos vegetales largos y finos. En más de una ocasión, Max pensó que tenían conciencia, ya que algunos tallos se giraban hacia ellos cuando pasaban. Estaba asustado, no le gustaba ir el último, pero era una decisión lógica. Rex era mucho más grande que ellos, era más fácil que le atrapasen. Mejor tenerle vigilado por la retaguardia; de lo contrario, si le pasaba algo, tal vez Pía y él no se diesen cuenta.

No habían hablado mucho desde que se adentraron en el bosque de algas; tenían toda su atención puesta en avanzar sin ser atrapados. Max empezaba a acusar el cansancio. La noche anterior el abuelo le había despertado muy temprano para viajar a Ur y notaba cómo le pesaban los párpados.

—¿Cuánto tardaremos en salir de aquí? —preguntó el chico. Todo lo que conseguía ver era el culo de Rex por delante y esos vegetales en forma de soga a sus lados y por detrás—. Estoy muy cansado, no sé cuánto más aguantaré.

—Ya no falta mucho —contestó su amiga mientras seguía avanzando—. Tienes que aguantar un poquito más. Lo estáis haciendo genial. Rex, ¿cómo vas tú? ¿Estás bien?

—Sí, bien, deseando salir; también estoy algo cansado —la voz de Rex era apenas un susurro, miraba a su alrededor con los ojos como platos. Un gritito agudo se le escapaba de la boca cada vez que alcanzaba a ver uno de los esqueletos desperdigados por el valle, como si temiese convertirse en uno de ellos.

—Descansaremos en cuanto estemos fuera de este lugar —afirmó Pía—. Os lo prometo. Pararemos y comeremos algo, pero ahora, os necesito atentos.

—De acuerdo —contestó Rex con voz débil.

La sirena esperó unos segundos. Al no escuchar un «de acuerdo» también por parte de Max, se dio la vuelta con cuidado de no rozar las algas para averiguar por qué no contestaba.

Max no estaba allí.

15

Tengo mucho miedo

Max sintió un fuerte tirón en el tobillo que le arrastró hacia las profundidades. Se volvió sobre sí mismo para saber qué había pasado, aunque lo tenía bastante claro: se había acercado demasiado a una de las algas y esta había aprovechado la ocasión para agarrarle.

El chico apretó el machete en su mano hasta que los nudillos se le pusieron blancos y comenzó a lanzar cuchilladas a la planta. Oía que sus amigos gritaban, pero no era capaz de entender lo que decían. Estaba demasiado ocupado cortando y clavando el cuchillo en todo lo que se movía a su alrededor. Las algas comenzaron a chillar de manera escalofriante, como en las películas de terror que Max veía a escondidas de sus padres y que después le provocaban pesadillas. Los aullidos venían de todas partes. Sin soltar ni el cuchillo ni la linterna, intentó llevarse los puños a los oídos, no soportaba esos chillidos, pero la escafandra se lo impidió.

—Rex, quédate aquí —ordenó Pía—. Voy a bajar a ayudar a Max y es muy peligroso. Vigila a tu alrededor, que no te atrapen a ti también.

—Pero... —comenzó el dinosaurio.

—QUÉ-DA-TE-A-QUÍ-Y-NO-PRO-TES-TES.

Rex nunca había visto a Pía tan enfadada. La niña estaba guardando su machete y desenganchando el tridente de la espalda del traje.

—Voy a dar su merecido a estas estúpidas plantas.

Pía se lanzó en picado hacia la posición de Max. Rex se sorprendió porque, a pesar de la velocidad a la que iba, esquivaba todas las ramas con

una agilidad asombrosa. Cuando alguna se estiraba para agarrar a la niña, Pía paraba el intento con el tridente y, con un giro del arma, la partía en dos. Los alaridos de las algas se multiplicaban. La armadura de Pía, similar a la de su madre, refulgía y brillaba sin que el dinosaurio pudiese localizar de dónde venía esa luz. Parecía que salía de la propia sirena.

Cuando Pía alcanzó el lugar en el que se encontraba Max, necesitó gritarle por encima del ruido que hacían los líquenes para que el muchacho la pudiese oír.

—¡ESTATE QUIETO, MAX!



—¡ME ARRASTRAN! ¡ME ARRASTRAN HACIA ABAJO!

Pía se situó unos metros por debajo de donde Max seguía peleando contra las plantas y en posición vertical blandió su tridente en círculos por

encima de su cabeza. Los chillidos fueron insopportables durante unos segundos y después cesaron por completo. Las algas a su alrededor fueron cayendo sin vida hacia el fondo, donde se juntaron con los esqueletos de los peces a los que habían conseguido matar.

—¿Estás bien? —Pía se aproximó a Max y le puso la mano en el hombro.

—Sí, creo que sí. Corté algunas, pero otras nuevas me atraparon. No podía escapar y me arrastraban hacia abajo. —Max miró bajo sus pies, no podía evitar temblar. Señaló con la linterna hacia el lecho marino—. No quería acabar como todos esos peces.

—¡Hooooooooooooo! —La voz de Rex flotó hacia ellos. Sonaba nerviosa y muy aguda—. NO OS VEOOO, ¿ESTÁIS BIEN? ESTOY SOLO. NO QUIERO ESTAR SOLOOO. ¿ALGUIEN ME OYE? TENGO MUCHO MIEEEDOOO.

Rex seguía muy quieto donde Pía le había dejado, apenas se atrevía a respirar. Hacía un rato que había dejado de ver el brillante traje de Pía; además, las algas habían dejado de proferir esos terribles alaridos. Eso solo podía significar que, o bien habían muerto, o bien habían conseguido asesinar a sus presas. Rex estaba muy asustado y lloriqueaba en la oscuridad, solo rota por el débil haz luminoso de su linterna.

—Subamos —dijo Pía— o a Rex le va a dar un infarto.

—Sí, subamos... Y muchas gracias —contestó Max sujetando a la niña por el brazo para que no se fuese—. Me has salvado la vida, de no ser por ti... No sé, no lo hubiese conseguido. Ahora entiendo a lo que se refería Luke cuando te llamó guerrera.

—Digamos que en el agua puedo pelear y hacerlo muy bien. Para eso me han entrenado.

—¿Crees que puedes enseñarme? —preguntó Max bajando los ojos hacia sus pies. Le daba un poco de vergüenza pedirle eso a su amiga, seguramente a ella le había llevado años aprender.

—Pues claro —contestó Pía—, pero para ello tendrás que comer las algas de la abuela o no podrás respirar.

Pía y Max se sonrieron, el chico miraba a su amiga con admiración, estaba dispuesto a comer las repugnantes algas de la abuela cuantas veces hiciese falta si conseguía que le entrenase para pelear como ella.

Juntos ascendieron hasta donde se encontraba Rex.

—AY, NO SABÉIS EL MIEDO QUE TENÍA —lloriqueó el dinosaurio, que seguía sin atreverse a hacer ningún movimiento—. MAX, ¡¡ESTÁS BIEN!! PENSABA QUE TE HABÍA PERDIDO. ¡¡QUÉ ALEGRÍA!!

—Venga, Rex —dijo Max dándole unas palmaditas en el hombro—. Todo está bien. No te preocunes. Salgamos de este asqueroso valle.

Continuaron moviéndose con cautela a través del bosque de algas. Y, de repente, salieron a una zona en la que ya no había hojas ni ramas. En un momento estaban rodeados de algas y al momento siguiente las habían dejado atrás. Se abrazaron y rieron. Despues comieron algo y descansaron unos momentos, pero en seguida continuaron su camino. Solo tenían tiempo hasta el amanecer si querían evitar el ataque por parte de los padres de Pía.

Avanzaban mucho más alegres, contando chistes y anécdotas y riendo. Salir del Valle de las Algas había sido un triunfo y eso se reflejaba en su estado de ánimo.

Las risas pararon de golpe cuando vieron lo que se alzaba ante ellos.

16

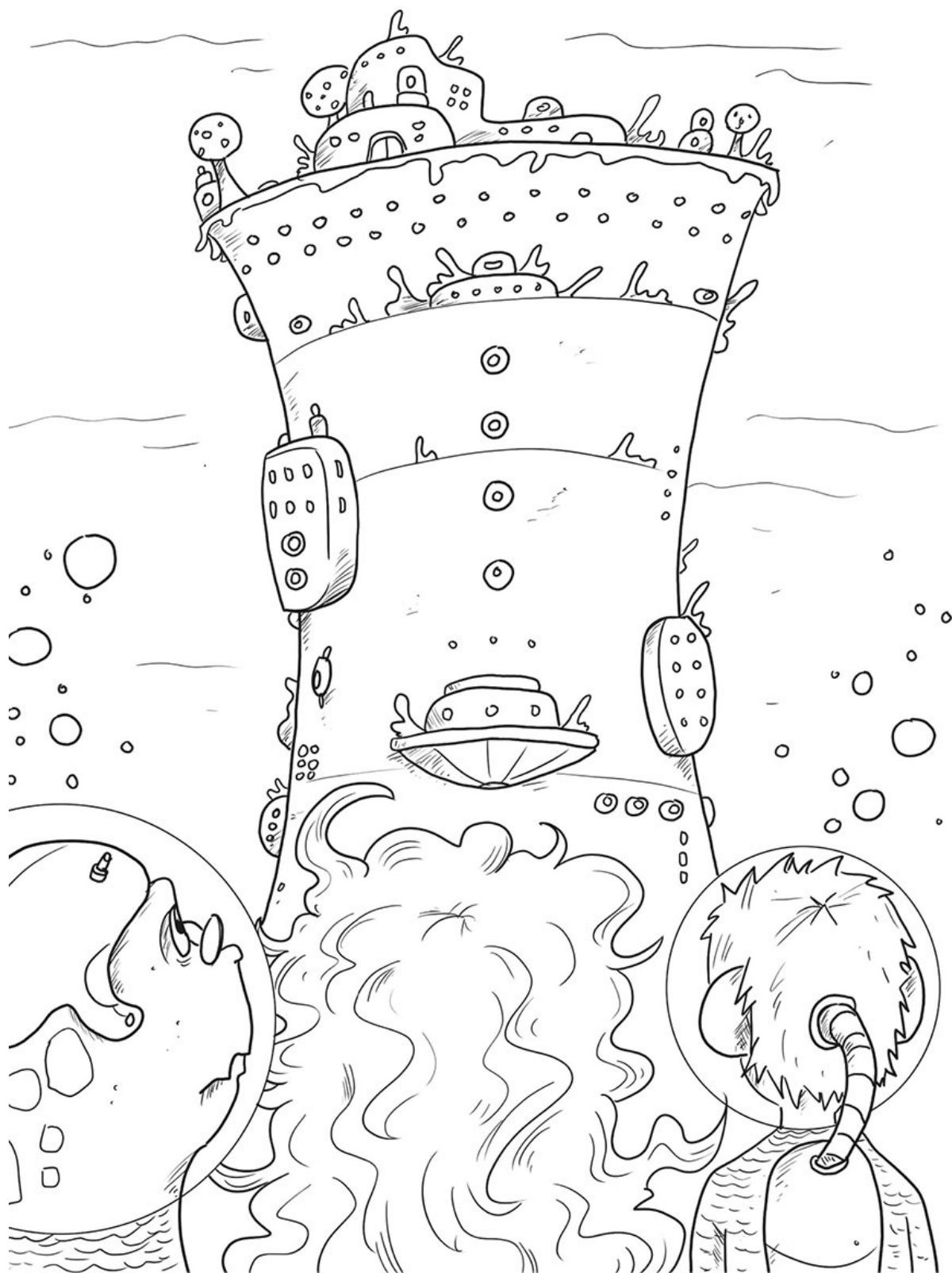
La guarida de Kymodoke

Un gran árbol de coral se alzaba un poco más adelante. No tenía nada de amenazador, al contrario, era precioso: un coral de un intenso tono azul salpicado de rosas, morados, naranjas y amarillos, que refulgía con la luz del sol acumulada durante el día como en la ciudad de las sirenas que les había enseñado Pía, pero mucho más pequeño, ya que solo albergaba un edificio.

—Esto debe de ser la guarida de Kymodoke —afirmó la niña—. Me esperaba algo mucho más siniestro, la verdad.

—Sí, yo también, esto no es que dé mucho miedo —dijo Max encogiéndose de hombros.

—A mí sí que me da miedo —añadió Rex—. Recuerdo un cuento que me contó Godofredo hace unos años, *Hansel y Gretel* creo que se llamaba. Iba de unos niños que se perdían en un bosque y una bruja los engañaba con la ayuda de una casa hecha de chocolate y dulces...



—Rex, yo también conozco esa historia —dijo Max resoplando—. Mi madre me la contaba de pequeño y no es por nada, pero los niños conseguían engañar a la bruja y escapar...

—Solo he dicho que esta guarida me recuerda al cuento —se defendió el dinosaurio—. No he dicho que nos vaya a pasar lo mismo. —Y farfullando entre dientes de forma que los niños no le oyese, añadió—: Aunque es muy probable que nos pase lo mismo si entramos ahí.

Pía y Max se miraron y sonrieron sacudiendo la cabeza, le habían oído. Rex no iba a cambiar jamás. Siempre temeroso, siempre cauto.

Los tres amigos se adentraron en el edificio. El recibidor estaba levemente iluminado por los mismos corales del exterior; una gran escalinata de piedra sin tallar se elevaba hasta el centro del primer piso, donde daba paso a una galería en la que se situaban varias habitaciones. En el piso en el que se encontraban había también varias aberturas a izquierda y a derecha. Los niños avanzaron hacia la escalinata sin darse cuenta de que alguien les observaba escondido entre las sombras de una estancia situada a su derecha.

Cuando avanzaron hacia la escalinata, unas ráfagas de luz a sus espaldas transmitieron un mensaje a alguien escondido en otra habitación... El mensaje fue transmitiéndose de unas salas a otras sin que Max, Pía y Rex llegasen a darse cuenta. Las ráfagas luminosas comenzaban cuando ellos ya habían pasado.

Poco a poco, detrás de ellos, fue reuniéndose un grupo de peces. Parecían recién sacados de un terrible experimento. Rex vio una luz con el rabillo del ojo que hizo que se detuviese y mirase por encima de su hombro.

—Estoooooooooo... Max, Pía... —comenzó el dinosaurio—. Creo que tenemos un problema. —Tiró del brazo de Max para obligarle a detenerse, después le agarró la cabeza con la mano que salía de su chalecotrón y se la giró para que viese la reunión de peces que tenían detrás.

Max lanzó una exclamación ahogada, en su vida había visto animales tan feos. No eran muy grandes, pero eran muchos. La mandíbula inferior sobresalía bastante de la superior, lo que permitía ver los dientecillos, afilados como agujas, que nacían en las encías. Una especie de antena acabada en una bolita brotaba de la parte frontal de la cabeza. Eran esas bolitas las que emitían las ráfagas de luz que habían ido transmitiendo el mensaje de la presencia de extraños en los pasillos de la guarida de Kymodoke.

—Son peces abisales, en la tierra los llamáis *Melanocetus johnsonii* o Diablo negro —informó Pía en voz baja—. No suelen ser peligrosos, pero estos son demasiados hasta para mí.

—Podemos intentar huir por cualquiera de esas puertas —sugirió Max.

—No creo que dé resultado, hay cientos —negó la muchacha.

—¿Y...? ¿Y qué hacemos? —Rex volvía a sonar tembloroso.

—No lo sé —dijo Pía mirando a su alrededor—. Cada vez hay más.

Los peces se habían ido acercando mientras los tres amigos hablaban, aunque mantenían una distancia prudencial. No parecía que fuesen a atacarles de manera inminente, solo miraban y esperaban.

Qué esperaban, solo ellos lo sabían.

17

La bruja del mar

—Vaya, vaya, vaya... ¿Qué tenemos aquí? —La voz salía de uno de los huecos que servían como puertas situados en torno al muro del piso más alto. Era una voz de mujer, sonaba dulce y suave, más curiosa que amenazadora, pero lo bastante potente como para que se oyera en todo el edificio de coral.

Una figura emergió a la luz y los peces se agitaron, pero siguieron en sus puestos. Desde donde estaban, los tres amigos no podían verla con claridad, pero sí pudieron ver que se acercaba a una escalera que llevaba al primer piso y comenzaba a descender por ella.

—No sé quiénes sois —siguió diciendo la mujer mientras descendía—, lo que sí sé es que debéis ser muy valientes si habéis venido vosotros solos hasta aquí. Valientes... y un poco estúpidos. ¿Acaso no sabéis quién soy?

—Esperamos que seas Kymodoke, venimos desde el Palacio Marino —contestó Pía—. Necesitamos hablar con ella. Es un asunto de vida o muerte.

Estas palabras hicieron que la mujer se detuviera en la galería del primer piso. Intentó mirar con disimulo hacia la planta inferior, pero la barandilla de la galería le impedía ver a los intrusos. Pareció pensárselo dos veces y al final, con un discreto «al cuerno», se asomó para ver quién había hablado. La curiosidad que sentía era más fuerte que su espectacular entrada en escena, solo pensada para aquellos que viniesen con malas intenciones.

Los niños vieron surgir por encima de la barandilla una cabeza morena que les buscaba con los ojos. Cuando los situó en el centro del círculo de

peces abisales (los más feos de sus amigos, también utilizados como elemento disuasorio para enemigos), no pudo evitar que se le abriesen mucho los ojos. La cabeza desapareció y en pocos segundos Pía, Max y Rex vieron por fin a la mujer cuando bajó a toda prisa y casi tropezando por la escalinata. Se parecía mucho a la madre de Pía y llevaba una armadura similar, aunque en tonos más oscuros. Era muy alta y Rex pensó que también era muy guapa y elegante, pero, aun así, le daba mucho miedo. Al fin y al cabo, era la Bruja del Mar y sabía por Agatha y Godofredo que era una de las aliadas más poderosas que tenían los abuelos. Si ahora se había vuelto contra ellos, el Enemigo les sacaba ventaja. Mucha ventaja.



Cuando la mujer llegó al pie de la escalinata, los peces abrieron un pasillo para que pudiera llegar hasta los visitantes. Ella los acariciaba a su

paso y saludaba a los de las últimas filas. Los niños creyeron ver sonrisas en las feas bocas de los peces abisales.

—Hola, Rex —dijo la mujer, sonriendo con amabilidad, cuando se encontraba ya a pocos metros de ellos—. Me ha parecido que eras tú. Me alegro de verte. Has crecido bastante desde la última vez que te vi. ¿Cómo están Agatha y Godofredo?

—Hola, Kymodoke —contestó el tiranosaurio de manera muy fría, intentando mantener la pose de tipo duro, aunque en su interior se moría de miedo—. Yo no sé si me alegro, la verdad...

La mujer se fijó entonces en la niña pelirroja que iba en ese grupo de visitantes.

—¿Eres quien creo que eres? —le preguntó a Pía parándose a unos pasos de ella.

—No sé, ¿quién crees que soy? —contestó la niña.

—Mi sobrina Pía, te pareces a mí. —Y se abalanzó hacia ella. Max y Rex se pusieron en tensión, preparados para defender a su amiga de la terrible Kymodoke. Para su sorpresa, cuando la mujer les alcanzó se arrodilló frente a la niña y le dio un abrazo enorme a la vez que reía, pero no era una risa siniestra, era alegre y vivaz. Sincera—. Tenía muchas ganas de verte. Tu madre lleva años prohibiéndome ir a verte.

—No hay tiempo para esto ahora —dijo Pía, seria—. Mis padres van a atacarte al amanecer...

Kymodoke se separó de ella, se levantó y con un gesto de la mano despidió a los peces abisales, les dio las gracias y los animales se fueron por donde habían venido. Después se volvió hacia el pequeño grupo.

—Seguidme. Si es cierto eso que dices, no nos queda mucho tiempo.

Los tres siguieron a la mujer hasta el primer piso, donde entraron en una estancia con una gran mesa de piedra en el centro. A su alrededor había butacas de coral de colores y en los muros brillaban pequeños ramales, también de coral, que daban a la sala un ambiente acogedor.

—Salgamos de aquí —le dijo Kymodoke a Pía tirando de una palanca junto a la pared—. Tus amigos estarán más cómodos.

La sala se elevó en el agua muy despacio hasta que alcanzó la superficie.

—Ahora podéis quitaros las escafandras y así podréis comer algo, con total seguridad estaréis cansados. Sé que no es fácil alcanzar mi hogar.

Max y Rex se quitaron las escafandras, pero no las dejaron muy lejos. Kymodoke sacó algo de comida de los armarios que había en los muros de la sala y la dispuso sobre la mesa para que los niños comiesen.

—Sentaos —ordenó la mujer. Ellos la obedecieron y se sentaron en torno a la gran mesa de piedra—. Contadme qué está sucediendo.

18

Prueba eso que dices

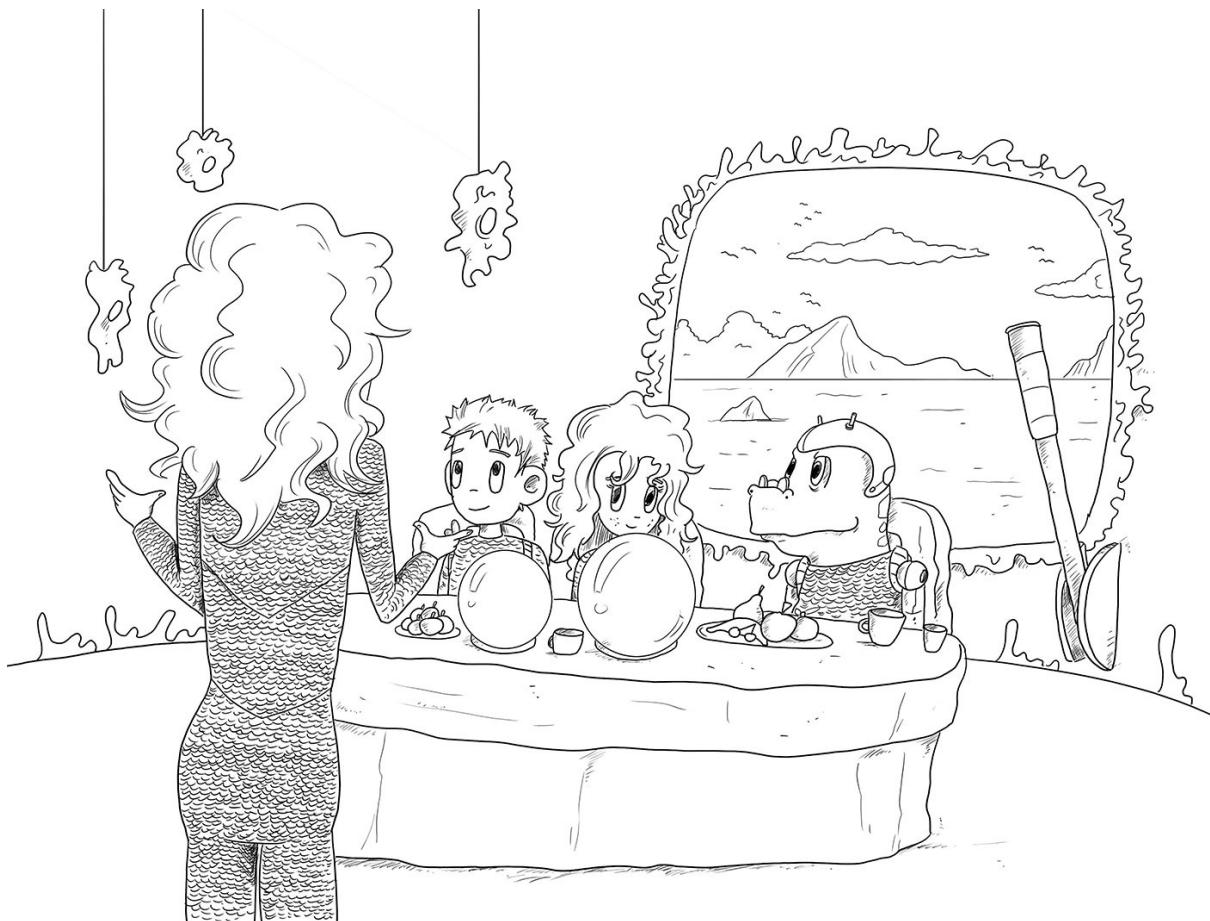
—Has intentado robar el arma que le quitamos al Enemigo. —Pía no se andaba con rodeos, lanzó la acusación a bocajarro—. Mis padres y los abuelos de Max creen que les has traicionado.

Kymodoke miró por primera vez a Max.

—¿Eres el nieto de Agatha y Godofredo? —La Bruja del Mar parecía sorprendida—. No sabes cuánto me han hablado de ti. ¿Cómo están? Rex no me ha contestado cuando se lo he preguntado.

—Enfadados y dolidos contigo —dijo Max—. Nunca les había visto llorar hasta que me hablaron de tu traición.

—¡Pero yo no he traicionado a nadie! —exclamó Kymodoke dando un puñetazo en la mesa—. Tus padres —continuó señalando a Pía— deberían vigilar mejor su reino. Está lleno de esbirros del Enemigo. Así es como consiguieron robar el arma la primera vez.



—Entonces... ¿tú no has intentado robarla? —preguntó Rex con un gesto de arrepentimiento en su verdosa cara.

—¡Pues claro que he intentado robarla! —Estaba muy enfadada. Su armadura comenzó a relucir a la vez que sus cabellos empezaron a flotar en torno a su cabeza como si siguiesen en el agua. Su voz se volvió más fuerte y ronca—. ¡Intenté robarla para impedir que el Enemigo se hiciese con ella! ¡Para que el océano entero no pague el descuido terrible de tus padres!!

Max y Rex estaban muy asustados, pero Pía no se echó atrás.

—¿Y puedes probar eso que dices?

—Disculpad mi genio, a veces no puedo evitarlo. —Kymodoke se tranquilizó. Su armadura, sus cabellos y su voz volvieron a la normalidad —. Hablé con Falgar de mi plan. Él podrá decir a tus padres la verdad. Y también a vosotros, si es que no me creéis. No hubo tiempo de avisar a tus abuelos, Max, no hubo tiempo de nada. O conseguíamos hacernos con el arma y ponerla a buen recaudo, o por lo menos conseguíamos que

doblasesen la vigilancia en torno a ella para que nadie la robase, que es lo que pasó.

—Continúa —pidió Pía.

—El Enemigo iba a lanzar un ataque brutal con todos sus ejércitos acuáticos sobre el Palacio Marino. Para ello contaba con el factor sorpresa... El ejército de tus padres —dijo Kymodoke dirigiéndose a su sobrina— es más numeroso y potente que el suyo, sí, pero si los hubiesen atacado sin previo aviso... no sé qué habría pasado. Nada bueno. Se habrían perdido muchas vidas. Descubrí sus planes para robar el arma. Yo también tengo mis espías entre las fuerzas del Enemigo. Tuve que adelantarme a él. Si creía que el arma estaba en mi poder, me atacaría a mí. Y si yo no conseguía robarla, el Enemigo sabría que en el Palacio estaban alerta y no atacaría.

—Te dio tiempo a avisar a Falgar —dijo Rex—. Podrías haber avisado al Palacio Marino.

—¿Tú crees, Rex? ¿De verdad crees eso? —La amargura que sentía Kymodoke se reflejó en su voz y en su gesto—. Mi hermana no me hubiese escuchado jamás. Me habría echado de allí sin pensárselo. No quiere verme. Hace años que no quiere verme. Avisé a quien podía avisar y a quien sabía que me creería.

Kymodoke terminó y se quedó expectante, necesitaba que la creyesen. Ella no trabajaba para el Enemigo y bastante mal estaban las cosas con su hermana, Anfítrite, como para que, además, pensase que era una traidora. Se jugaba mucho en todo eso.

—Falgar ha desaparecido —dijo Max—. El único que puede confirmar que no eres una traidora ha desaparecido.

—¿Cómo que Falgar ha desaparecido? —preguntó la bruja extrañada.

—Fuimos a su casa. Había signos de lucha y ni rastro de él —confirmó el muchacho.

—No, Max, Pía, Rex..., no lo entendéis, Falgar no ha desaparecido, está aquí, conmigo —explicó Kymodoke—. Envié a dos de las morenas de mi cuerpo de seguridad para avisarle y que él llamase a tus abuelos. Los secuaces del Enemigo las atacaron por el camino. Una resultó herida de gravedad, pero, aun así, quiso continuar hasta la cabaña de Falgar, sabía que era muy importante llegar a él. Falgar regresó con ellas y ha estado

cuidando de la morena herida desde entonces. De no ser por él, habría muerto y es una gran amiga mía. Falgar me ha hecho el favor de cuidarla y curarla porque sabe que para mí habría sido una pérdida terrible.

—Faltó a la cita con mis abuelos —insistió Max—. Él nunca se habría ido sin avisar.

—Max, escucha, es culpa mía que faltase a esa cita —dijo Kymodoke apoyando la mano en el brazo del chico. Max sintió la mano cálida—. Tomó una decisión: salvar a mi amiga, y eso hizo que no avisase a tus abuelos. Es culpa mía. Lo sé y lo siento. —Los tres niños guardaron silencio—. Poneos las escafandras, falta poco para el amanecer y necesito que confiéis en mí. Sois los únicos que podéis detener esta guerra. Mi hermana jamás me creerá. Vamos a ver a Falgar y que él mismo os lo explique todo.

Max y Rex se pusieron las escafandras y las ajustaron bien al traje. Estaban agotados, pero empezaban a pensar que tal vez, solo tal vez, Kymodoke no había traicionado a los abuelos. No había intentado hacerles daño y decía que Falgar estaba bien. Pía se mantenía firme, era la que más quería creer a su tía y por eso la más crítica y dura con ella, todavía pensaba que todo era una trampa, pero muy pronto lo descubrirían.

La Bruja del Mar accionó la palanca y la sala se sumergió de nuevo en las aguas.

19

Falgar

Kymodoke abrió la marcha por los pasillos y recovecos de su casa hasta una pequeña habitación. Llamó a la puerta con los nudillos, muy despacio, sin hacer apenas ruido. Desde dentro se oyó la voz del cangrejo.

—Adelante.

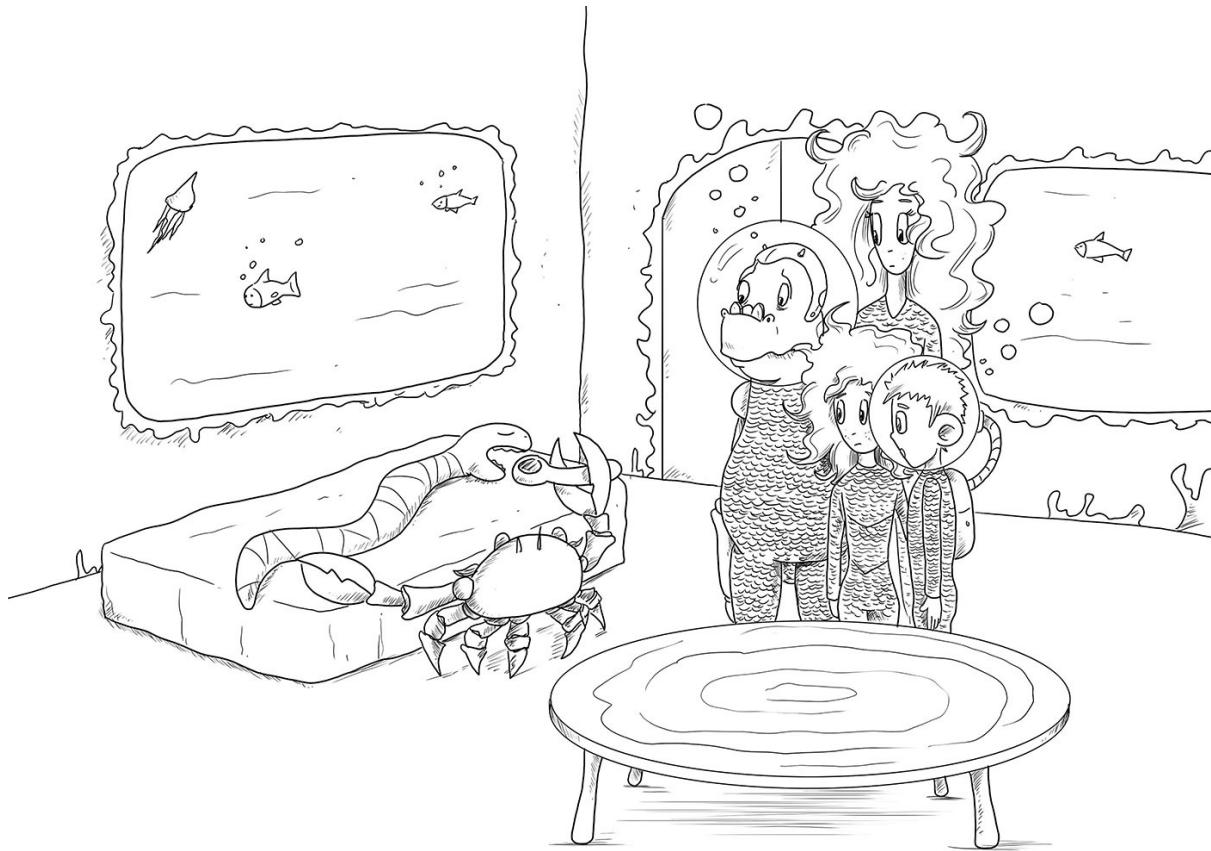
La bruja del mar asomó la cabeza por la puerta.

—¿Cómo está? —preguntó en voz muy baja—. ¿Podemos pasar? Aquí hay algunas personas que quieren hablar contigo.

—Pasad, pasad —contestó Falgar—. Está mucho mejor. Se alegrará de verte.

Los niños entraron detrás de Kymodoke en la habitación.

Sobre una roca plana se encontraba una morena con gran parte de su cuerpo vendado. Falgar le daba pedacitos de algo que parecía carne para que comiese. La morena masticaba muy despacio y leves gemidos salían de su boca cuando intentaba tragarse. Cuando vio a la mujer, sonrió.



—¿Qué hacéis vosotros aquí? —se extrañó el cangrejo al ver a los tres niños. Dejó su puesto junto a la morena y fue a abrazar a sus amigos—. Espero que tus abuelos no se enfadasesen mucho conmigo al no recibirlas, pero me necesitaban más aquí. Les dejé un mensaje en la taza de desayuno.

—Esto es un jaleo, Falgar —dijo Rex dándole un abrazo—, un jaleo.

—Los abuelos no encontraron tu mensaje —intervino Max—. Pensaron que habías sido secuestrado por Kymodoke.

—¿Pero qué tonterías estás diciendo, muchacho? —Falgar parecía horrorizado—. Dejé la taza mojada con un hechizo para que no se secase pensando que así os fijaríais en ella. Y el mensaje estaba dentro. Tu abuelo tendría que haber mirado bien. ERA MUY OBVIO QUE, SI LA TAZA ESTABA MOJADA Y TODO LO DEMÁS EN SU SITIO, HABRÍA ALGO EN ELLA.

—No miramos, Falgar, ni el abuelo, ni la abuela... Ni yo. Vimos la taza, vimos que todavía tenía gotas de agua, pero no se nos ocurrió mirar dentro.

—Yo tampoco —reconoció Rex, avergonzado.

—Además, había signos de lucha en la playa —añadió Max.

—¿Pero qué signos de lucha ni qué signos de lucha? —cortó el cangrejo resoplando—. A la otra morena y a mí nos costó un poco llevar a esta señorita herida que tenemos aquí, pesa lo suyo. Supongo que eso es lo que visteis.

Así estuvieron un rato. Pía, Max y Rex pusieron al cangrejo al corriente de lo sucedido, y él, de nuevo, les confirmó que nadie le había secuestrado y que estaba allí para salvar a la morena amiga de Kymodoke porque había arriesgado su vida para proteger Ur. También les confirmó que Kymodoke no había traicionado a los abuelos y que seguía siendo su mejor aliada. Habían tenido que actuar a toda prisa para evitar el robo del arma... Y si ellos hubiesen buscado bien en su cabaña, no se habría montado todo este lío.

—El sol está a punto de salir —dijo la Bruja del Mar en tono lúgubre.

—Pues solo podemos hacer una cosa —contestó Pía—. Llévanos a la entrada. Tenemos que evitar que...

No pudo terminar la frase. En ese momento una gran sacudida agitó el palacio e hizo temblar las paredes como si fueran de papel.

20

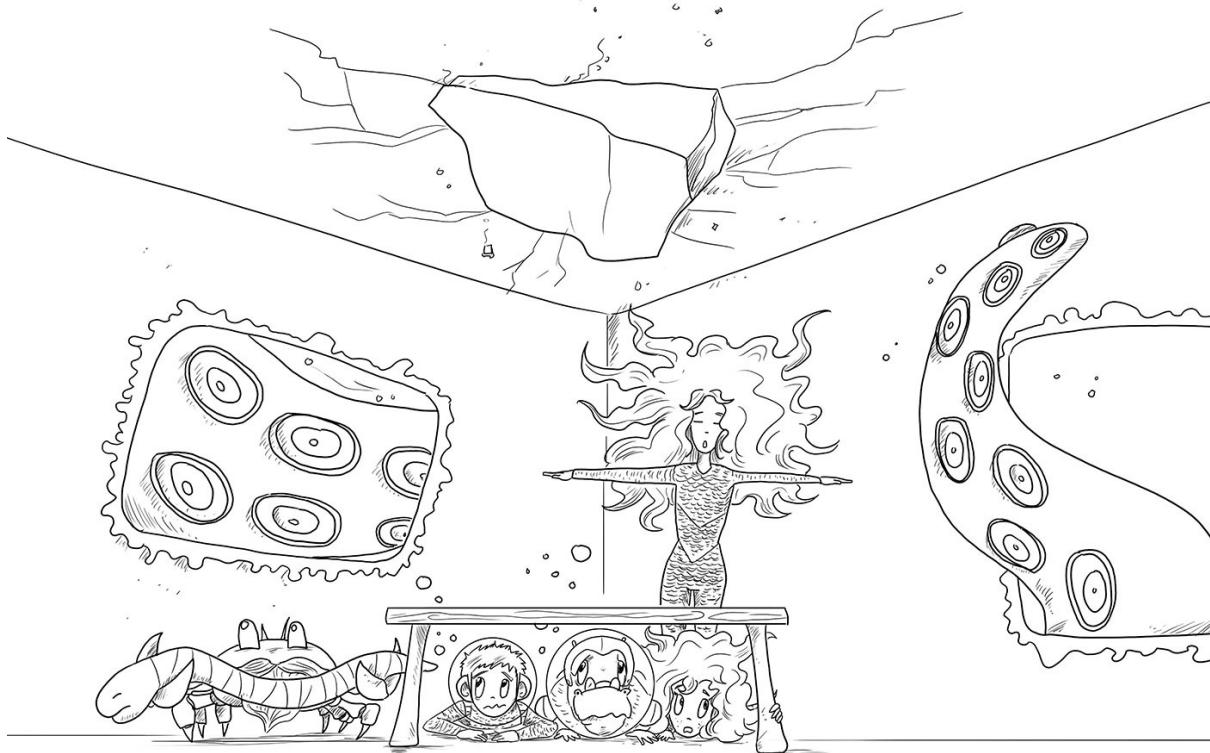
Han liberado al kraken

—¿QUÉ SUCEDA? —preguntó Rex, asustado—. ¿POR QUÉ TIEMBLA TODO?

—¡Han liberado al kraken! —exclamó Kymodoke acercándose a una de las ventanas. Un enorme tentáculo cubría todo el marco de forma que no podían ver nada del exterior—. No me puedo creer que mi hermana haya hecho esto sin intentar siquiera hablar conmigo antes.

Profundas grietas comenzaron a formarse en las paredes y algunos pedazos de roca se desprendieron del techo. A punto estuvieron de aplastar a los niños, pero Falgar, veloz, los apartó de un empujón.

—¡Tenemos que salir de aquí! —gritó Pía para hacerse escuchar por encima del ruido que hacían las paredes al quebrarse.



—Dejadme, yo me encargo de esto —dijo Kymodoke—. Falgar, meteos todos debajo de la mesa mientras me deshago de este bicho.

Entonces la bruja comenzó a recitar unos extraños versos en una lengua desconocida para ellos; de nuevo, su armadura comenzó a resplandecer, pero esta vez el brillo lo iluminó todo convirtiéndola en luz pura. El edificio temblaba aún más y el techo seguía derrumbándose, cada vez a más velocidad.

Kymodoke continuaba recitando esos misteriosos versos y parecía que el monstruo retrocedía. El edificio dejó de vibrar. Los niños y Falgar pensaron que habían derrotado al Kraken. Pero, de repente, un grueso y pesado fragmento se desprendió del techo y golpeó en su caída a la bruja en la cabeza, poniendo fin a su encantamiento. El kraken redobló entonces sus esfuerzos sobre los muros de la casa de Kymodoke.

—¡¡Rex, coge a Kymodoke!! ¡¡Tenemos que salir de aquí!! —pidió Pía al dinosaurio—. ¡¡Max, Falgar, llevad a la morena!! ¡¡Seguidme todos!!

La niña encabezó la marcha por los pasillos del edificio. Las grietas de las paredes eran cada vez más profundas, tenían muy poco tiempo para

salir antes de que se viniera todo abajo. Corrían esquivando las piedras que se desprendían del techo como si fuesen hojas en otoño. Todas las ventanas que encontraron en su huida estaban tapadas por los enormes tentáculos del kraken. Cuando llegaron a la puerta principal, Pía frenó en seco. No podían salir por allí tampoco, porque el monstruo bloqueaba también la salida.

El grupo se miró con el terror dibujado en sus rostros. Solo Falgar parecía mantener la calma. Aun así, fue Rex el que tuvo una idea. Con Kymodoke todavía en brazos, el dinosaurio echó a correr en dirección a la escalinata, que estaba a punto de derrumbarse.

—¡¡Seguidme!! ¡¡No os paréis!!

—Pero... —comenzó Max.

Falgar, que llevaba entre sus tenazas a la morena herida, y Pía ya seguían al dinosaurio.

—QUE ME SIGAS —rugió Rex enseñándole todos los dientes a Max.

El chico no necesitó que se lo repitiese otra vez. Corrió hacia la escalinata y comenzó a subir tras ellos.

Cada paso que daban parecía el último. Los escalones se deshacían con cada una de sus pisadas. Max era el más rezagado del grupo. Cuando Rex llegó a lo más alto de la escalinata, se dirigió a la sala en la que habían hablado con Kymodoke. Falgar y Pía entraron detrás de él. El cangrejo dejó con mucho cuidado a la morena sobre la mesa y vigiló sus vendajes. Pía animaba desde la puerta a Max, que recorría los últimos metros a la carrera. Cuando atravesó el umbral de la puerta, Rex pulsó la palanca que hacía ascender la sala hacia la superficie.

En ese momento, Kymodoke recobró el conocimiento. Tenía una profunda brecha en la cabeza y se encontraba algo mareada, pero enseguida se hizo cargo de la situación.

—Falgar, sube hasta la superficie, no te pongas en peligro, ni a ti, ni a ella —dijo la bruja señalando a la morena herida—. Llévate a los niños contigo. Tengo que parar esta locura.

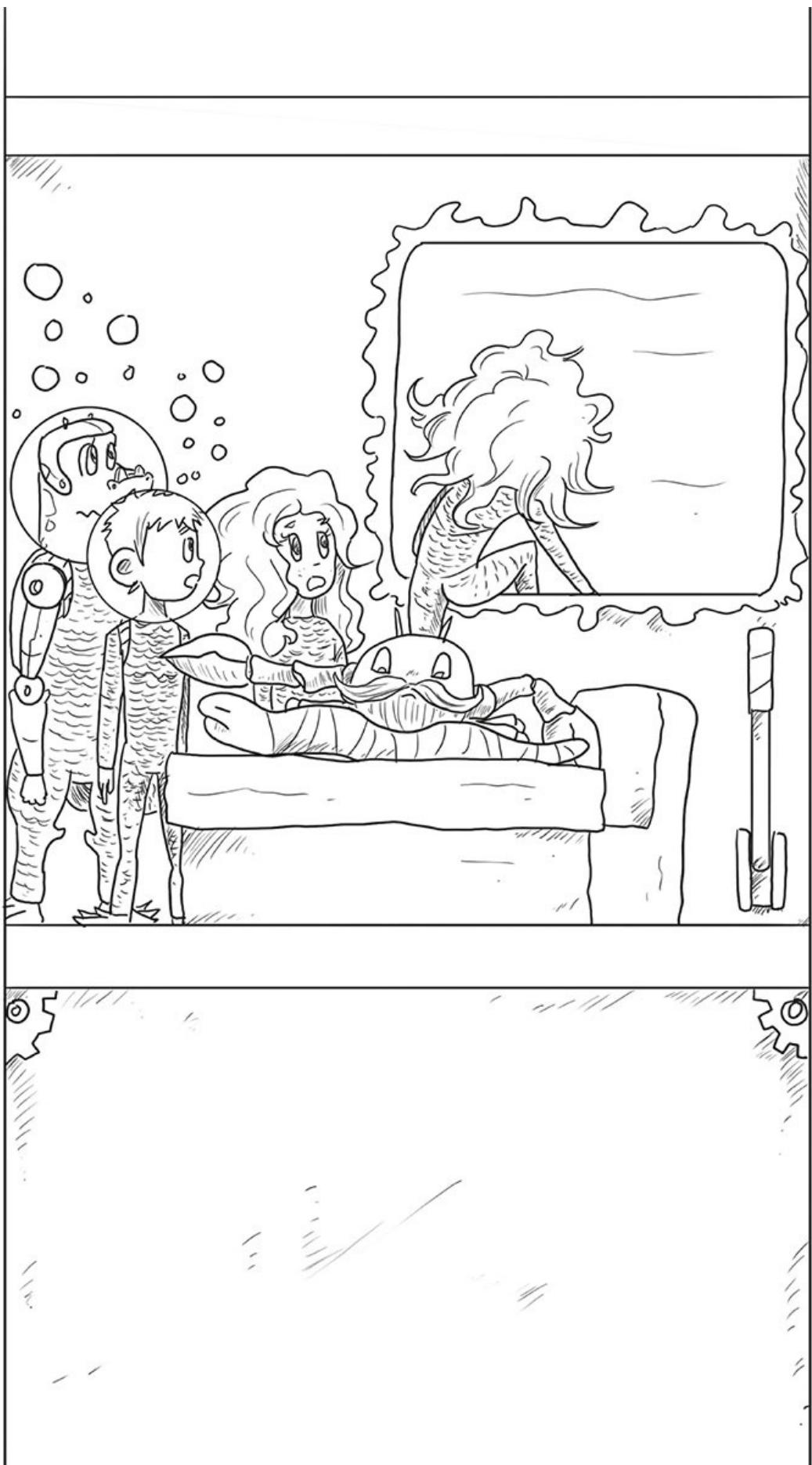
Según terminó de decir estas palabras, Kymodoke salió nadando por una de las ventanas. Pía salió detrás de ella sin que nadie pudiese

impedírselo y Max tardó apenas un segundo en reaccionar y seguirlas a ambas. Rex suspiró y miró a Falgar.

—Lo siento, tengo que ir con ellos. —El cangrejo se encogió de hombros y sonrió—. No es que me haga gracia, preferiría seguir contigo y estar seguro en la superficie, pero tengo que ir.

—Lo sé, Rex. Lo sé. —Antes de que el cangrejo acabase de decir estas palabras, el dinosaurio ya había salido por la misma ventana que sus amigos. Falgar se quedó a solas con la morena mientras la sala seguía ascendiendo hacia la luz del sol.

Cuando Rex alcanzó a sus amigos, Kymodoke estaba flotando sobre su antiguo hogar, ahora reducido a un montón de rocas y corales informes, y el kraken huía del lugar a toda velocidad. La Bruja del Mar lo había vencido con su poderosa magia, pero eso no había servido para salvar su casa.



El grupo miró a su alrededor y todo lo que pudieron ver fue al ejército de sirenas de la Ciudad Submarina.

21

Atrapad a la bruja

—¡Atacad!! ¡No permitáis que escape!! —Las órdenes venían de la vanguardia del ejército de sirenas—. ¡¡Atrapadla!!

Pía vio cómo las huestes se aproximaban con sus tridentes, era como ver avanzar una riada. No pudo más que ponerse delante de su tía y levantar los brazos con las palmas de las manos hacia fuera.

—¡¡ALTO!! ¡¡PARAD!! ¡¡ESTÁIS COMETIENDO UN ERROR!! —gritó la niña—. ¡¡KYMODOKE ES INOCENTE!! ¡¡NO HA HECHO NADA!!

Max y Rex imitaron a Pía. Se adelantaron y rodearon a la Bruja del Mar para que no pudiesen llegar hasta ella. Las sirenas estaban casi encima y no parecía que fuesen a parar su avance.

—¡¡ALTO!! ¡¡PARAD EL ATAQUE!! —Una poderosa voz femenina se alzó sobre el fragor de la inminente batalla.

—¡¡Parad!! ¡¡Deteneos!! —Las voces de Agatha y Godofredo secundaron la orden dada por la mujer—. ¡¡Son ellos!! ¡ESTÁN BIEN!

Las sirenas que lideraban el ataque pararon en seco. Un tridente se detuvo a tan solo un centímetro de la nariz de Pía, que esperaba con los ojos cerrados su ineludible muerte. Pía abrió un ojo y después el otro, comprobó con su dedo índice el filo del tridente que estaba frente a ella, y una gota de sangre brotó del dedo. Alzó la mirada y sonrió a la sirena que sostenía el arma agradeciéndole, sin palabras, sus reflejos a la hora de frenar. Después buscó a sus padres, situados a algunos metros de donde se encontraban.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Kymodoke es inocente, no nos ha traicionado! — gritaba Pía corriendo hacia sus padres—, por favor, permitidle que os lo explique.

—Sí, sus majestades —apoyó Rex corriendo detrás de Pía—, ha sido todo un malentendido. ¡¡Ella intentaba salvar el arma!!

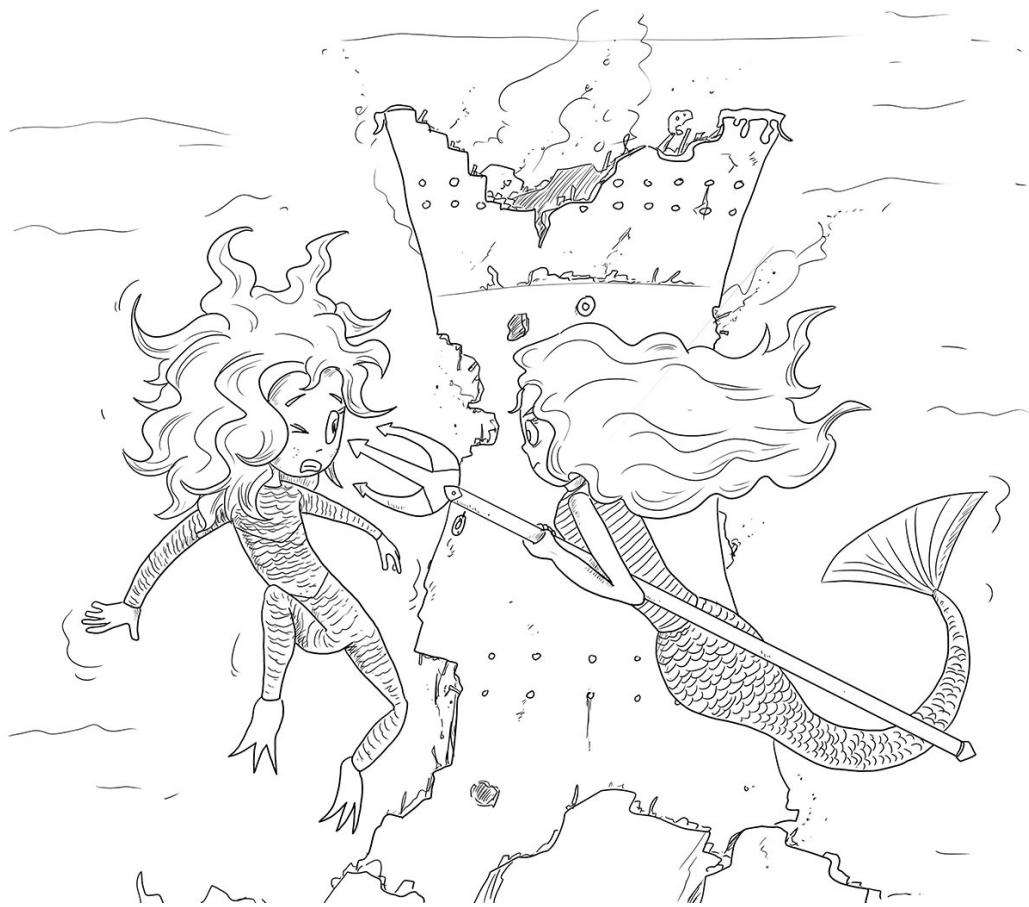
—¡¡Abuelos!! ¡¡Por favor, creednos!! —dijo Max dirigiéndose a sus abuelos—. Sé que pensáis que trabaja con el Enemigo, ¡¡pero no es cierto!!

—Ya hablaremos con vosotros más tarde —dijo Anfítrite con evidente alivio—. Pensábamos que os habían secuestrado, como a Falgar.

—Nadie me ha secuestrado, eso es una inmensa tontería —refunfuñó el cangrejo saliendo de la sala. De nuevo parecía que Falgar sabía las cosas antes de que sucediesen y nada más llegar a la superficie había vuelto a pulsar la palanca para descender—. Estoy aquí por voluntad propia. Por favor, amigos, parad esta locura y hablemos. Y vosotros dos —continuó Falgar, dirigiéndose a los abuelos de Max—, LA PRÓXIMA VEZ HACEDME EL FAVOR DE BUSCAR MEJOR. OS DEJÉ UN MENSAJE EN LA TAZA DEL DESAYUNO.

Agatha y Godofredo parecieron avergonzados, pero eso no hizo que no corriesen a abrazar a su nieto y a Rex. Después saludaron a Falgar y se disculparon por no haber mirado bien y haber deducido erróneamente que había sido secuestrado. Ese error había complicado la situación mucho más. Prometieron que, desde ese momento, preguntarían antes de acusar a nadie de nada.

Mientras todo esto pasaba, la madre de Pía miraba a su hermana con la duda dibujada en el rostro. No terminaba de confiar en ella, pero tanto los niños como Falgar sí que lo hacían y la habían defendido al ser atacada... Y Kymodoke podía engañar a tres niños..., bueno, a dos niños y un dinosaurio adolescente, pero no podía engañar al sabio Falgar. Eso no era posible. Nadie podía engañar a Falgar. Pareció pensar durante unos segundos y, finalmente, accedió a parlamentar con su hermana, algo que no había hecho en muchos años.



Los reyes de la Ciudad Submarina se dirigieron al interior de la única sala que quedaba en pie de lo que antes había sido el hogar de Kymodoke junto con Agatha, Godofredo, Max, Pía, Rex y Falgar. Entre todos explicaron a los cuatro adultos lo que había pasado. El cangrejo habló en favor de la Bruja del Mar y sus aliados y amigos; también les contó cómo la morena (que seguía en la mesa donde la habían dejado y a la que Falgar continuaba alimentando mientras explicaba lo sucedido) había arriesgado su vida intentando avisarle para que pudiese proteger el arma de las manos del Enemigo.

Los niños contaron cómo se habían escapado al escuchar la conversación entre Anfítrite, Poseidón y los abuelos. Contaron su aventura cuando los peces les rodearon y cómo Luke les había ayudado (Pía hizo que sus padres prometieran no castigar a su amigo tiburón). Contaron cómo habían atravesado el Valle de las Algas hasta alcanzar la guarida de la Bruja del Mar y cómo ella les había recibido de manera amable, les había dado de comer y no les había causado ningún daño.

Kymodoke contó cómo había descubierto que había traidores en el Palacio Marino que habían facilitado al Enemigo toda la información

sobre dónde se encontraba el arma y qué vigilancia tenía. Contó cómo sus espías entre los fieles al Enemigo habían descubierto sus planes de ataque, cómo estos eran tan inmediatos que ella apenas había contado con tiempo de reacción para avisar a los abuelos y cómo su intento de aviso a través de Falgar había fracasado tal y como todos habían comprobado. Contó cómo había planeado robar ella misma el arma para o bien protegerla, o bien poner en estado de alarma al Palacio Marino, dificultando de cualquiera de esas maneras el robo por parte del Enemigo. Sabía que eso le traería problemas, pero creía que el mensaje de Falgar habría llegado a su destino y ya tendría tiempo después para explicaciones, lo más importante era impedir que el Enemigo se saliese con la suya.

Cuando todo estuvo aclarado se hizo el silencio en torno a la mesa.

22

Hora de disculparse

—Creo que te debemos una disculpa, Kymodoke —dijo la abuela rompiendo el silencio—. Siento mucho haber desconfiado de ti y haber pensado que nos habías traicionado. Lo siento, lo siento muchísimo y entendería que no quisieras seguir siendo nuestra amiga.

—Yo también necesito pedirte perdón. —El abuelo se levantó de su silla y se acercó a Kymodoke, que les miraba con lágrimas en los ojos—. Ha sido un error imperdonable. A lo largo de todos estos años has sido no solo una gran aliada en la lucha contra el Enemigo, sino también la mejor de las amigas.

—No os preocupéis —contestó Kymodoke sonriéndoles—, entiendo que mis acciones pudieron parecer sospechosas, pero ya habéis visto que no me quedó más remedio que hacer lo que hice.

—Mamá, papá —intervino Pía en ese momento—, creo que vosotros también deberíais disculparos... Y que, sea lo que sea lo que pasó entre vosotros, lo dejéis atrás de una vez. Kymodoke..., mi tía, tiene derecho a volver a la ciudad. Se ha puesto en peligro por ayudarnos y una buena amiga suya está gravemente herida. Además, habéis destruido su hogar. ¿Cómo se os ha podido ocurrir liberar al kraken?

—Puede que eso haya sido... digamos que un poco exagerado, pero, en realidad, no sabes lo que estás diciendo, Pía... —comenzó Anfítrite, aunque no con mucho tesón. Empezaba a dudar de su rencor hacia su hermana. Era cierto que se había puesto en peligro por proteger Ur.

—Anfi, querida, escucha a tu hija —intervino Poseidón apoyando una mano en el antebrazo de su esposa—. Han pasado muchos años, he

intentado decírtelo muchas veces, pero no has querido escucharme. Kymodoke era poco más que una niña cuando sucedió aquello.

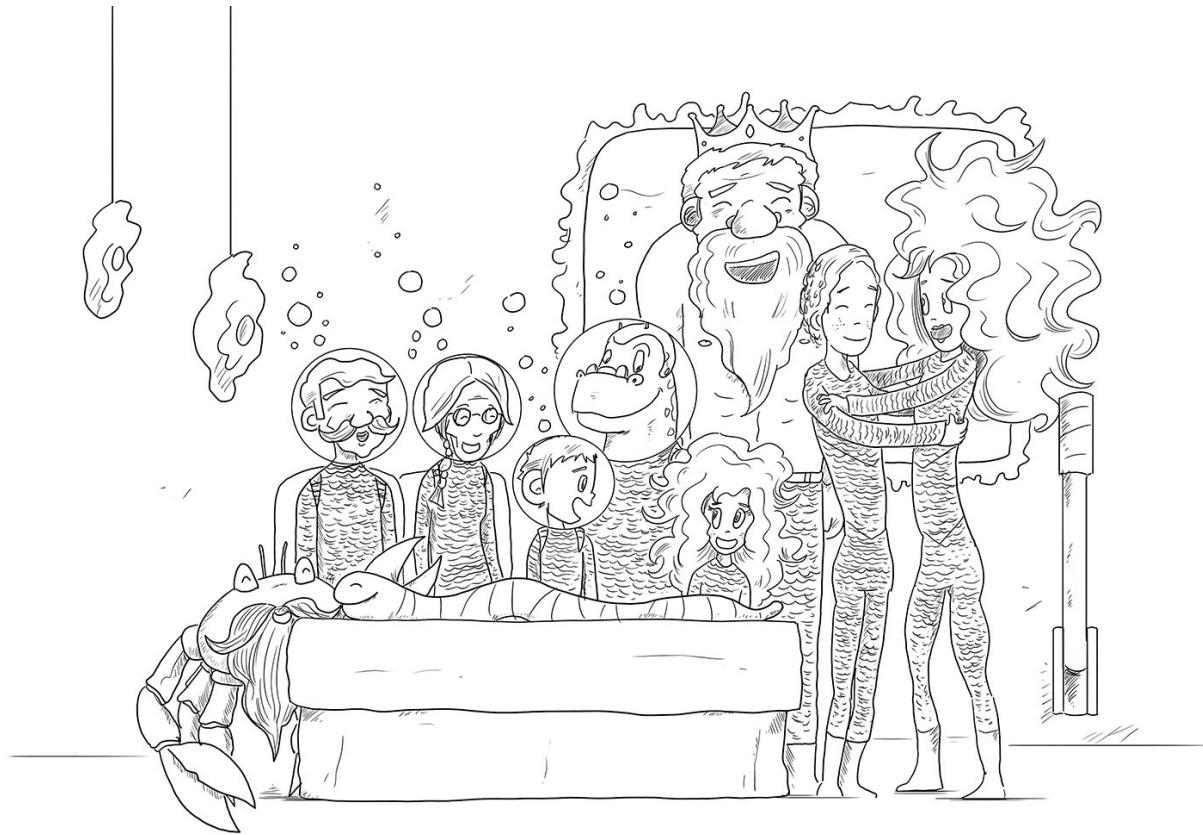
—¿Qué pasó, mamá? —preguntó Pía en apenas un suspiro—. ¿Qué fue eso que hizo que no puedes perdonar? Siempre me dices que tengo que saber perdonar a quienes me causan daño, porque, si no, el dolor y el rencor se enquistarían y no me permitirían avanzar y ser feliz.

—Tú madre tiene razón. —La voz de la Bruja del Mar era débil y sonaba empañada—. Ella no puede perdonarme, pero yo tampoco puedo perdonarme a mí misma. Cometí un error y nuestros padres murieron... Fue todo por mi culpa...

Su hermana cerró los ojos, inspiró hasta llenar de aire sus pulmones y después lo exhaló de golpe.

—No, no digas eso... Fue un accidente... —cortó Anfítrite. Ya había tomado una decisión que incluía dejar atrás todo aquello—. Lo sé, sé que, si tú hubieses cumplido lo que te dijeron papá y mamá, es posible que siguiesen vivos, o no... Eso no lo sé. Eras muy joven y a esa edad se hacen tonterías. A veces podemos arrepentirnos de ellas y otras veces no podemos porque es demasiado tarde... Fue un accidente. Mala suerte. Tú no querías que pasase lo que pasó; sin embargo, no puedo evitar acordarme cada vez que te veo. Como causante del accidente ya has pagado tu pena. Tu destierro ha durado demasiado. Es hora de que vuelvas a casa. Es hora de que yo aprenda a perdonarte y de que tú puedas perdonarte a ti misma. Y también a mí. He sido muy injusta contigo durante mucho tiempo.

La cara de la Bruja del Mar se iluminó a través de las lágrimas, miró a los abuelos, que sonreían y asentían con la cabeza; ellos siempre habían creído que Kymodoke se merecía una segunda oportunidad. Pía dio un grito de alegría y corrió a abrazar a su madre. Poseidón también abrazó a Anfítrite, sabía lo mucho que le había costado pronunciar esas palabras, pero también sabía que era sincera al decirlas.



—Amigos... Amigos... Ejem... Ejem... COFCOFCOF. —Falgar intentaba llamar la atención de los reunidos—. Siento interrumpir este emotivo momento, pero tal vez sería necesario decidir qué hacemos con el arma.

—Sí... Sí... —Anfítrite trataba de recomponerse, se había levantado y hablaba con su hermana en voz baja—. Tenemos que decidir. Kymodoke, has dicho que había traidores en la ciudad. ¿Sabes quiénes son?

—Sé algunos nombres, no sé si son todos o hay más —contestó su hermana.

—Será necesario juzgarles e investigar si se esconden más traidores en nuestra ciudad. Durante algún tiempo necesitaremos cambiar el arma de lugar...

—Hummm... Creo que tengo el sitio perfecto —dijo Godofredo—. Rex, ¿te apetece visitar a tus padres?

—CLARO QUE ME APETECE —se emocionó el dinosaurio.

—¿Crees que estará segura allí? —dudó Agatha.

—He mantenido contacto tanto con Ciudad Sauria como con los gigantes de las Montañas Nubladas —explicó el abuelo—. Quieren ayudar. Pueden mantener el arma a buen recaudo durante algún tiempo. Cuando las cosas se aclaren por aquí y hayamos capturado a todos los traidores, podremos traerla de vuelta.

La reunión se disolvió con todo lo importante decidido. Falgar se dirigió a la ciudad submarina para seguir vigilando la recuperación de la valiente morena. No volvería a su cabaña situada a caballo entre la arena y el mar hasta que no estuviese bien del todo. La Bruja del Mar viajó con él. Cuando su amiga se recuperase, ya decidiría qué hacía. Podría trasladarse a vivir en el Palacio con su hermana o podría buscar una nueva casa. Se había acostumbrado a vivir sola (con las frecuentes visitas de sus amigas morenas, los peces abisales y muchos otros habitantes del mar). Lo que sabía con toda seguridad era que quería vivir cerca de su familia, ya había vivido lejos demasiado tiempo.

Los abuelos, Anfítrite, Poseidón, Pía, Max y Rex (y el ejército de sirenas) viajaron también a la Ciudad Submarina, esta vez evitando el Valle de las Algas. Era un viaje más largo, pero merecía la pena el esfuerzo si con eso conseguían no poner en peligro a nadie. Cuando llegaron al Palacio Marino, los abuelos, Max y Rex se despidieron de Pía y de sus padres. Pía viajaría con Poseidón a la Tierra en unos días, pero por el momento prefería quedarse con su madre.

El abuelo y Rex volverían a Ur también pasados unos días para poner el arma a salvo en Ciudad Sauria, la madre de Pía les ayudaría.

Cuando estuvieron frente al transportador dimensional en la casa de Bahía Mejillón, Max le preguntó a su abuela:

—¿Estarán bien? Me refiero a Anfítrite y Kymodoke... Me han caído muy bien las dos y espero que no haya más problemas entre ellas.

—Claro que estarán bien —contestó la abuela reviviéndole el pelo—. Necesitan hablar, pasar tiempo juntas. Lo más difícil es dar este primer paso, las conozco a ambas muy bien y sé que estarán bien. Nunca he conocido a dos hermanas que se quisieran tanto... El accidente las separó, pero su amor era real y eso es lo importante.

Max pensó que nunca permitiría que nada le separase de sus amigos. Siempre sabría perdonarles. Y esperaba que ellos a él también. Había llegado a la conclusión de que, al final, muchos errores se cometían sin

querer (como lo que fuese que sucedió con los padres de Kymodoke o el hecho de que ellos no hubiesen encontrado el mensaje de Falgar) y que todos merecemos una segunda oportunidad.

Max y Rex entraron primero en el transportador, detrás les siguieron los abuelos.

Dos veces se oyó en la casita de Punta Escondida en Bahía Mejillón, Ur:

BURIBURIBURIMEEEEEE
iii POFF!!!

Y dos veces pudo oírse en la casa de Punta Escondida en Bahía Calamar, la Tierra:

TRRRRRKKKKSSSSSSSS FFFFFIIIIIUUUUUUU
FFFFFIIIIIUUUUUUU GRLKSGRLKSGRLKS
iii POFF!!!

El verano seguía y Max se preguntaba cuántas aventuras más le daría tiempo a vivir con sus abuelos y sus dos mejores amigos, el tiranosaurio Rex y la sirena Pía.



JUAN GÓMEZ-JURADO (Madrid, España, 1977) es periodista, licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad San Pablo CEU. Como periodista, su carrera profesional ha pasado por las redacciones de Canal Plus, Cadena SER, diario ABC, TVE y La Voz de Galicia. Colabora con las revistas *Qué Leer*, *JotDown Magazine* y *New York Times Book Review* y participa en programas de radio y televisión.

Sus novelas (*Espía de Dios*, *Contrato con Dios*, *El emblema del traidor*, *La Leyenda del Ladrón*, *El Paciente*, *Cicatriz* y, su más reciente obra *Reina Roja*) se publican en más de cuarenta países, se han convertido en *bestsellers* mundiales y han conquistado a millones de lectores. En Hollywood hay planes para adaptar varias de ellas a la gran pantalla.

Recientemente Juan aceptó el encargo más difícil del mundo de la clienta más dura del mundo, su propia hija, para convertir la historia que le contaba antes de dormir en una saga de libros juveniles: Alex Colt.

BÁRBARA MONTES, psicóloga infantil y lectora empedernida, es madrileña y ecléctica. Como psicóloga infantil ha dedicado muchas horas a uno de los problemas más acuciantes de la sociedad contemporánea, la decreciente capacidad de atención de los niños. Eso la empujó a escribir novelas para ellos, y finalmente a la literatura para adultos.

Vive en Madrid junto a su marido Juan Gómez-Jurado.